

300613

2
2y'

UNIVERSIDAD LA SALLE

ESCUELA DE FILOSOFIA

**UNA MUJER DE COMPROMISO,
SIMONE DE BEAUVOIR**

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
LICENCIADO EN FILOSOFIA
PRESENTA

RITA VICTORIA OCHOA MUÑOZ

MEXICO, D.F.

0272331

1999

TESIS CON
ALLA DE ORIGEN



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

FALTAN PAGINAS

De la: **1**

A la: **2**

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO I VIDA Y OBRAS

1.1 Infancia.....	8
1.2 Adolescencia.....	14
1.3 Juventud.....	19
1.4 Madurez.....	26
1.5 Vejez.....	38
1.6 Obras.....	42

CAPÍTULO II LA HISTORIA DE LA MUJER

2.1 Prehistoria.....	51
2.2 Edad Antigua.....	56
2.3 Edad Media.....	62
2.4 Edad Moderna.....	74
2.5 Edad Contemporánea.....	

CAPÍTULO III

EL PORQUE DEL PAPEL RELATIVO DE LA MUJER EN LA HISTORIA.....	
---	--

CAPÍTULO IV OBSTÁCULOS Y LIMITACIONES DE LA LIBERTAD DE LA MUJER

3.1 Mujer vasalla.....	98
3.2 Mujer profesionalista.....	100

3.3 La mujer de hoy.....	101
3.4 Masoquismo femenino.....	106
3.5 La maternidad.....	110
3.6 Problemas de la mujer de hoy.....	112
3.7 Mala fe femenina.....	117
CONCLUSIONES DE SIMONE DE BEAUVOIR.....	124
CONCLUSIONES PERSONALES.....	140
BIBLIOGRAFÍA	

INTRODUCCION

Por mucho tiempo he buscado mi identidad, en esto he empleado mi tiempo; y descubrí que lo único que ha valido la pena en mi vida ha sido esa búsqueda, aunque ésta haya significado, a veces, largos períodos de angustia existencial o de pérdida de horizontes.

Cuando se me dijo que tenía que hacer una tesis para obtener el título de Licenciado en Filosofía se hizo presente esa certeza oculta y reprimida durante muchos años, supe entonces que el único tema que realmente me interesaba investigar giraba en torno al problema personal de aclararme mi propia identidad. Sabía que era primordial el tema y que no me gustaría hacer otro sin haber resuelto antes mi problema; quizá mañana investigue o me interese saber qué es la belleza para Sócrates o Platón, o qué es la lucha de clases para Lenin o Marx; sentí esa prioridad de resolverme a mí misma y después lo demás, por eso es que escogí el tema de la MUJER, porque de una u otra manera no puedo evadirlo. Es algo con lo que nací y tengo, tarde o temprano, que asumir mi papel en el mundo como un ser sexuado, es un problema personal pero a lo largo de mi investigación he descubierto que no soy la única mujer sobre la tierra, que hay un número infinito de mujeres que tiene esta misma problemática, que al parecer es un problema de generación perdida que las mujeres que vivimos de alguna manera conscientes de nuestra realidad concreta existencial, experimentamos una pérdida de identidad y una rebeldía por no aceptar lo establecido, o lo que los otros esperan de nosotras, tenemos frente a nosotras un problema, hacernos y esto conlleva muchas problemáticas, yo diría que es tratar de un ser creador, entendiendo por la creación sacar algo de la nada, partir de cero para poder sentirnos nosotras mismas, no queremos ser maquiladas por una sociedad que pide un cierto comportamiento y un cierto ser estipulado, queremos SER, sólo eso...

Por eso he escogido a Simone De Beauvoir, que fue la compañera del representante más criticado y comprometido del Existencialismo, doctrina filosófica que permite al hombre la búsqueda de sí mismo por caminos inexplorados, el buscarse en la soledad para recuperarse: se trata de Jean Paul Sartre.

Simone, la primera feminista que escribe una obra científica que pretende explicar el problema femenino de manera más que esquemática y que no se conforma con escribir una novela denunciando la insatisfacción en la que vive la mujer consciente, no enajenada: esta obra es el segundo sexo.

Soy una mujer confundida, sí, pero consciente de su confusión, y que pretende descubrirse. Simone de Beauvoir en su momento fue una de las tantas mujeres que como yo se cuestionaron ¿qué es una mujer?, o mejor dicho, ¿cuál es el ser de la mujer? ¿es el que le ha asignado la historia y las diferentes sociedades?

¿acaso no sabemos qué es el ser de la mujer porque a nadie le ha interesado gran cosa descubrirlo, ni a las mujeres ni a los hombres?

Y hoy yo quiero descubrirlo y saberlo, pero con tanto que se ha dicho de “ELLA”, de la mujer, he terminado muy confundida, y hoy me pregunto si el ser mujer se hace o nace con nosotras, si es natural o es un producto cultural y social; será que tanto nos repiten que la mujer debe ser de tal o cual manera que terminamos creyendo que eso es lo verdadero y real de la mujer, o es que la mujer nunca ha sido mujer, que no existe el ser femenino y que nunca ha existido, y que tenemos que crearlo según nos dicten nuestras necesidades concretas.

Otro cuestionamiento que me hago es el de si el instinto maternal es natural o provocado por la misma sociedad que necesita de su trascendencia pero que nos lo han manejado como un instrumento natural y no exigencia social.

Sólo he encontrado una respuesta más o menos razonable, que es la de Ser para saber en otras palabras, solo siéndolo podemos decir lo que es verdad o lo que es mentira. Ser mujer, para saber lo que es ser mujer. ¿Pero como ser? Dejar salir todo lo que emane desde muy dentro de mí, DEJARME SALIR.

Esto es por una parte mi interés por el tema; por otro lado quisiera contestar a la pregunta de ¿por qué escogí a Simone de Beauvoir como mi guía para este tema? Sé que hay muchas feministas que han escrito infinidad de libros explotando este tema, pero Simone me podía dar la materia prima necesaria para hacer un trabajo de investigación más serio, y en su libro “El segundo sexo”, la obra más seria y científica que se ha escrito sobre el tema y sobre todo, por la metodología con la que fue escrito que me permitía una mejor investigación y más ordenada.

Para poder comprender por qué Simone de Beauvoir escribió ese libro del segundo sexo, tuve que buscar en ella misma su raíz, mejor dicho ¿por qué a ella en concreto le llamó la atención el problema femenino? Bien pudo interesarse en otros problemas, pero al parecer ese le interesaba más que ningún otro, por lo menos en el momento de escribirlo, por eso es que la primera parte de la tesis está enfocado a su vida y obras, intenta dar una explicación de por qué Simone sintió esa necesidad de explicarse, por qué sintió que el mundo era sexista y en desventaja para la mujer. Y cómo ella, con su vida de renunciadas y decisiones que es esencialmente lo mismo decisión que renuncia, dio una de las pautas para que la mujer reconsiderara su situación; ella con su ejemplo nos dió un poco de luz para descubrir el camino.

Las mujeres que nos consideramos feministas moderadas encontramos muchos puntos de unión con esta autora, puesto que ella no plantea un feminismo que busca la usurpación del lugar del hombre sino una **COMPLICIDAD** entre ambos, que es un concepto muy propio de ella, y que lo repite constantemente en sus obras, y que llevó a cabo en su vida personal en su relación con Sartre.

La mujer que busque otra cosa que no sea la complicidad con el hombre, está equivocada, según Simone, y yo estoy de acuerdo con ella, esta autora propone muchos caminos a seguir y a lo largo del trabajo aquí realizado se verán.

También quiero justificar el por qué el segundo capítulo de esta tesis está dedicado a la historia de la mujer, y es que si no comprendemos su pasado, no podremos comprender su presente, es conocer las circunstancias que rodearon a la mujer para que tuviera este resultado concreto. No sólo me refiero a mi pasado o al pasado de Simone de Beauvoir, sino al pasado de todas y cada una de las mujeres que habitamos este mismo planeta; de una u otra manera la historia nos ha determinado la manera de pensar y actuar. Puesto que han sido las normas que se han transmitido de generación en generación, no podemos decir que Simone tuvo un pasado distinto al nuestro, también ella escuchó decir a su padre “la mujer es lo que el marido hace de ella”, o en su defecto el padre. En concreto, el hombre hace a la mujer, en esto también está de acuerdo Sor Juana Inés de la Cruz cuando nos dice “Hacedlas cual las queréis o queredlas cual las hacéis”.

Parece ser que hasta ahora hemos dejado en manos del hombre nuestro destino. Esto lo han reconocido muchas mujeres, y de hecho es así. Pero Simone de Beauvoir invita a las mujeres para que tomemos en nuestras manos nuestro propio destino y no solamente eso, sino que también lo justifiquemos.

En la tercera parte del trabajo de tesis hablaremos de los obstáculos y las limitaciones con los que se enfrenta la mujer para poder realizar ese destino y justificarlo.

En la última parte de este trabajo hablaremos de las conclusiones que nuestra autora aporta al tema; hasta aquí he dejado hablar por su propia voz a Simone de Beauvoir, tratando de respetar sin alterar su pensamiento; pretendí dejarla hablar a ella para después poder hablar yo, desde mi situación concreta.

CAPÍTULO 1

VIDA Y OBRAS

1.1 Infancia

La razón por la cual el primer capítulo de este trabajo lo constituye la biografía de Simone de Beauvoir, es simple. A esta autora se le considera como representante o ejemplo de una mujer comprometida con su tiempo. De aquí la finalidad de este trabajo, en un intento por demostrar que la mujer tiene un papel secundario en el mundo porque no ha querido un lugar real y auténtico ante la carencia de un compromiso y la negativa a asumir el papel que en realidad le corresponde. A fin de comprender las conclusiones que nos da en su obra, se intentará tomar todos los datos que puedan dar una pista para; poco a poco ir comprendiendo y viendo cómo una mujer puede lograr un lugar en el mundo sin que éste se lo designe el hombre, sino conquistarlo con su propio esfuerzo. La niñez de Simone de Beauvoir, transcurre sin tropiezos; es la mayor de las hijas del matrimonio Beauvoir, por lo que la madre educa e inculca con esmero a la pequeña toda la tradición y creencias de una familia típicamente burguesa.

Durante los primeros años, la niña se siente irresistiblemente atraída por la fe cristiana, con lo cual la madre se siente orgullosa y alimenta constantemente esa fe; su padre aunque agnóstico, no se opone a que sus dos hijas reciban una educación cristiana. El ambiente armónico, religioso y unido que se respira en el hogar llevan a la pequeña a la conclusión de que el mal y el bien están totalmente separados, y que el mundo en que habita es la religión del bien, por lo que se siente protegida y crece segura y sin miedos. Al llegar a la edad propia de iniciar sus primeros estudios, le entusiasma sobre manera ese inicio escolar puesto que en su casa, desde muy pequeña, le inculcaron el gusto por la lectura. De esta manera, al vislumbrar su futuro se programaba desde temprana edad para entrar a la vida intelectual que le brindarían sus estudios.

Simone de Beauvoir fue una alumna destacada en el Colegio del Coure Désir, colegio religioso que fue propicio para que no chocara con ese ambiente nuevo y para que acrecentara su fe, donde los maestros admiraban su piedad y su inteligencia.

En sus memorias mencionan que desde su infancia se sentía atraída por el campo, le gustaba estar en contacto con la naturaleza. El gusto por ésta y por los viajes nunca lo perdió, siempre lo cultivó, aún en su vejez.

El padre de Simone fue tomando importancia para ella desde que se preocupada por sus estudios y sus triunfos; conforme convivía con él, la figura paterna cobraba mayor importancia; inclusive gozaba de más prestigio que la materna, por lo que aprendió a respetarlo seriamente. Dicho prestigio fue otorgado por la madre.

“En casa la presencia de mi padre era indiscutida, él había introducido a mi madre a mi vida y a los libros... La mujer es lo que su marido hace de ella, es él quien debe formarla”, decía a menudo el padre de Simone (1).

Así fue como Simone percibió la situación concreta de la mujer por medio de su madre que era sumisa y amorosa con su esposo; que temía al escándalo y al qué dirán y que optó por obrar como todo el mundo. La señora de Beauvoir, fue sin duda una esposa feliz, aunque apenas podía distinguir el vicio, de la sexualidad, debido a su misma influencia religiosa. Siempre asoció la sexualidad con el pecado, pero la costumbre la obligaba a disculpar ciertas libertades a los hombres, concentrando así toda la severidad en las mujeres y distinguía solamente dos clases: las honestas y las casquivanas.

Los temas físicos le repugnaban hasta el grado de no prevenir a sus hijas de las sorpresas biológicas que suceden en la pubertad.

Simone de Beauvoir no sintió su destino femenino de pequeña, sólo gozó de su infancia aunque en su medio ambiente se diera una jerarquía de prestigio según los sexos. Nunca se sintió involucrada en ese juego social, para ella, los niños no tenían ningún prestigio ante sus ojos, ni se vió en desventaja, aunque en el mundo de los adultos su padre, abuelo y tíos le parecían superiores a sus mujeres. No obstante, su madre y las señoritas ocupaban los primeros papeles; los hombres le parecían más libres, porque tenían acceso a muchos más cosas que las mujeres. Jamás en sus proyectos y juegos se transformaba en hombre; ella se anticipaba a su destino de mujer en sus juegos de niña. No aceptaba que ningún

hombre frustrara sus responsabilidades; en sus juegos los maridos viajaban. “En la vida real yo sabía que era totalmente distinta, una madre de familia siempre está franqueada por un marido, mil tareas fastidiosas la abruman, cuando evoqué mi porvenir, esas servidumbres me parecían tan pesadas, que renuncié a tener hijos propios; lo que me importaba era formar espíritus y almas: Me haré profesora, decidí” (2). Con lo anterior ya se proyectaba una vida distinta a la de su ambiente que la quería determinada; se perfilaba y se soñaba como el absoluto fundamento de su misma vida. Sin embargo, hubo momentos en que la pasividad a que la condenaba su sexo la complacía, saboreaba las delicias de la desventura femenina; pero se sobreponía convirtiendo esa pasividad femenina en un desafío. Fue así como Simone de Beauvoir se formó.

Por una parte quería rebelarse y desafiar su destino, por otra, la influencia que ejercía en ella su situación concreta le provocaba temor a su liberación, porque la separaba de su familia. Privada de aprobación y de los premios a sus méritos se sentía sin un lugar en el mundo, ya no había dónde situarse, ni qué había venido a hacer a la tierra, necesitaba situarse en un marco de referencia que justificara su existencia, por lo que sólo tenía pequeños destellos de libertad. En sus primeros años la pequeña buscaba en ese ambiente su justificación. La señorita Fayet, profesora de Simone de Beauvoir, fue la que por primera vez despertó en ella su coraje contra los roles sociales que hasta entonces le parecieron normales, pero alejados para ella. Fue entonces que la pequeña decidió renunciar al destino que se le deparaba. “Para despertar mi amor propio la señorita Fayet me contó una anécdota: hablaba delante de un joven casadero, de las virtudes de una joven amante de la música, sabía, dotada de mil talentos. ¿Sabe coser?, preguntó él.

Pese a todo mi respeto me pareció estúpido someterme a los caprichos de un joven desconocido” (3), Podemos percibir aquí la forma en que este personaje se perfilaba en contra de la pasividad femenina, por lo cual Simone se inclinaba ya desde niña a rechazar claramente el matrimonio, se negaba a renunciar a ese mundo confortable y seguro que le proporcionaba su hogar, y aunque en el matrimonio no veía una esclavitud puesto que su madre no vivía oprimida, le fastidiaba la idea de promiscuidad. No comprendía por que tenía que abandonar a sus

padres para seguir a un desconocido, ni como era posible querer de la noche a la mañana a un individuo de quien había podido prescindir en años.

Interrogaba a su padre respecto al tema del matrimonio, y nunca le dio una explicación suficiente. “De noche en la cama una no puede llorar con libertad si tiene ganas, me decía aterrada..., obligarme a refrenar mis lágrimas hubiera sido negarme ese minuto de libertad de la que tenía necesidad imperiosa. Durante el día sentía miradas pesadas sobre mí; quería a los que me rodeaban, pero cuando me acostaba sentía gran alivio ante la idea de vivir, por fin, algunos instantes, sin testigos entonces podía interrogarme, recordar, emocionarme, prestar oídos a esos rumores tímidos, que la presencia de los adultos sofocaban. me hubiera resultado odioso que me privaran de ese descanso. Tenía que escapar, al menos unos instantes, de toda solitud, y hablar en paz conmigo misma sin que nadie me interrumpiera”(4). Además le resultaba odiosas las prohibiciones a las que se sujetaban las mujeres casadas. Su madre le enseñaba. “Una mujer como se debe” no podía escotarse pronunciadamente, teñirse el pelo, abrazar al marido en el metro, etc.; si se trasgredían esas reglas era mal vista. Su madre le hacía ver que los “inconvenientes sociales” se confundían con el pecado, que suscitaban críticas y el ridículo.

Fue así como desde su infancia empezó a sentir la indisposición por el yugo de las normas o costumbres sociales, esas que obligaban a callar, a no hacer comentarios que desprestigiaran a la mujer.

1.2 Adolescencia

En el umbral de la pubertad empezó a vislumbrar un mundo nuevo, del cual no le habían prevenido y al que se enfrentó provocando un golpe a su fe y a sus valores concebidos. Seguía ciegamente lo que le habían enseñado, hasta que un día el predicador del colegio tuvo una charla con las jovencitas del Coure Désir, para prevenirlas de la maldad del mundo al cual empezaban a introducirse, las prevenía de una realidad que destruía el alma blanca de la infancia. Descubrir el verdadero rostro de la realidad mataba la inocencia, decía el predicador. De todos modos, se decía la pequeña, yo también la veré un día frente a frente, y no moriré

por eso. La idea de que hay una edad en que la verdad mata repugnaba a su racionalismo (5). Ella intentaba explicarse lo que le ocultaban, pero esto no lo consiguió puesto que sólo tenía acceso a los libros para señoritas cristianas que omitían piadosamente la verdad, por lo que no encontraba nada que saciara sus dudas; y solo le respondían que el casamiento era el antídoto que permitiría absorber sin peligro los frutos de la ciencia y no le explicaban por qué, pero a pesar de eso confiaba en su porvenir; se daba cuenta que poco a poco las mujeres se hacían un lugar en el universo, y su finalidad era, aprender para poder ocupar parte en este que la esperaba. La joven adolescente se sumergió en las lecturas y en el estudio, y poco a poco aprendía la realidad por medio de su lectura, se inquietaba y se cuestionaba ya más seriamente sobre la pareja. En sus paseos sus compañeras y ella veían a las parejas y se cuestionaban sobre éstas. En las novelas que leían le presentaban parejas de enamorados. En la pubertad como ya se sabe se tiende a idealizar y a sonar. Simone de Beauvoir no fue una adolescente exenta de este proceso, soñaba y se preguntaba. Puesto que ella tenía una idea muy propia de la pareja tenía que imponérsele con absoluta evidencia si no se preguntaría "Por qué él, y no otros" (6). La duda para ella era incompatible con el verdadero amor; decía que sólo se enamoraría el día en que un hombre la subyugara por su inteligencia, su cultura, y su autoridad. Podemos notar aquí claramente el rechazo físico que aún prevalecía a consecuencia de su formación religiosa (7), y lo que le interesaba de un hombre eran los valores intelectuales y un poco la superioridad masculina con la que estaba familiarizada. Se preguntaba a sí misma por qué reclamar que él fuera superior. Era muy sencillo. Ella ya se había decidido por su independencia y si un hombre le era inferior tendría que remolcarlo como un zángano, mientras Simone se habría consumido de impaciencia. Por lo tanto tenía que ser superior a ella, para que lo considerara su igual. La superioridad que concedía era porque ese hombre representaba el modelo de lo que ella quería ser. Así concebía la superioridad masculina. Por otra parte la vida en común con su pareja debía favorecer a su empresa y no contradecirla, apropiarse del mundo, no ser inferior ni diferente y eso le garantizaría la existencia de tales ideas. Esta era la idea que Simone de Beauvoir, tuvo sobre de la pareja desde la adolescencia hasta la vejez. Ella pudo realizar tales ideas con alguien que compartía ese mismo criterio: Jean Paul Sartre. Como podemos ver, su filosofía estuvo aunada con su forma de vida, nunca se disoció su pensamiento con su existir.

Poco a poco Simone de Beauvoir, fue abriendo su campo visual de la vida que le permitía nutrir el sentido crítico, ya latente en ella. La vida transcurría entre sus estudios y su familia y al entrar al curso cero se inicia una nueva vida que comparte con su amiga Zaza (8). Era Alguien que como Simone tenía metas y perspectivas distintas a las demás muchachas de su edad. Se formaban un futuro y no esperaban ser como se planeaba en su tiempo Zaza era una joven que poco a poco se perfilaba a la depresión, rechazaba a medida del tiempo, la realidad hasta llegar al suicidio. Juntas rechazaban el destino femenino que se les quería imponer, se rebelaban, no concedían razón a ciertas desigualdades que funcionaban en la vida real de la sociedad, como por ejemplo, dotar de toda libertad sexual al hombre y a la mujer restringirla totalmente si ésta no estaba casada. “No veía ninguna razón para concederle a mi compañero el derecho que él no me concedía” (9). Desde entonces Simone de Beauvoir, pretendía una igualdad en la pareja, rechazaba la actitud de sus compañeras casaderas que se estancaban en su desarrollo y se idiotizaban porque no querían una vida como la de Zaza; ambas planeaban un futuro propio.

Los padres de Simone de Beauvoir, no consentían que ella siguiera una licenciatura, cosa rara en esa época, pues por lo general la costumbre era el matrimonio. Sin embargo, con frecuencia oía hablar sobre el asunto: “que lástima que Simone no sea varón: hubiera estado en el politécnico (10). Un ingeniero politécnico significaba alguien para ellos; pero el sexo de Simone les prohibía alimentar tales ambiciones, por lo que la destinaron previamente a la administración, no obstante, la decisión de Simone no se alteró y aunque sus padres se escandalizaron, ella siguió adelante con la licenciatura; su padre admiraba a las personas cultas, pero también tenía el culto por las doncellas y no aceptaba el destino de Simone de Beauvoir, había escogido aunque en el fondo él había influído para eso. Su madre fue quien más sufrió con la rebeldía de su hija; no aceptaba el destino que había elegido, puesto que era una mujer convencida de las costumbres arraigadas que practicaba, por lo cual la relación entre ambas se tornó tirante. La figura materna, que antes fue la más importante y querida, se desvaneció. La paterna tomó más importancia para ella puesto que su padre se sentía orgulloso de tener en su hija una mujer intelectual, aunque temía por ella porque se exponía a un destino desconocido y poco común.

Poco a poco ella fue tomando conciencia del problema que la aquejaba: ser mujer; no obstante, negó ser feminista, pero le molestaba que se hiciera esa distinción tan absurda entre los sexos. Para Simone los hombres y las mujeres tengan los mismos derechos, los mismos títulos de personas, y exigía entre ellos una exacta reciprocidad. Incluso muy prematuramente se colocó a favor del aborto; le molestaba que los demás se entrometieran en una vida y pensaba que lo que ocurría en su cuerpo sólo incumbía a la mujer. Ningún argumento la hizo retroceder, pues pensaba que para poder comprender al mundo y a sí misma era menester separarse de los demás, quienes sólo le ocultaban la verdad y le obligaban a la hipocresía. También descubrió que los caminos ya marcados le conducían a una trampa, y aquellos que ella construyera, le daba un sentido más valioso a su vida, pues le probaban que era más de lo que podía hacer; se rehusaba a existir en vano, como la mayoría de gente y se preguntaba “¿Hacia qué fin?, ¿para que tanto preparase en un oficio para terminar en casamiento y desgranar días muertos como su madre y la señorita Lambert, que se contentaban con estar ocupadas?”(11). Simone se rehusaba a terminar sus días de esa manera y su deseo era “tener una existencia tan total que no dejara tiempo para ocuparse de nada mas” (12). Como vemos a la vida de Simone, no ha sido al azar, fueron las circunstancias y su carácter crítico que poco a poco fueron conformándola.

1.3 Juventud

Al terminar sus cursos básicos se preparaban fervientemente para entrar a la Sorbona de París, en donde se relacionaría posteriormente con Jean Paul Sartre y Gabriel Marcel entre otros. Desde entonces se introduce sin saberlo en el círculo del pensamiento existencialista, que aún no se declaraba como tal, formado por jóvenes estudiantes que sólo se interesaban en conocer y profundizar en sus estudios, Simone de Beauvoir estaba acostumbrada desde muy temprana edad a largas horas de trabajo por lo que no le fue difícil dedicarse a sus estudios; era una joven entusiasta, tal vez de las pocas que se encontraba a ese nivel. Probablemente por eso Sartre se sintió atraído hacia ella, porque compartía metas y sueños que no hubiera podido realizarlas con una mujer poco preparada. Esta pareja gustaba largas horas en discusiones sobre temas filosóficos, lo que provocó de

inmediato en Simone una atracción muy especial por Sartre, quien paso a ser en su vida la persona más importante, ejerciendo una influencia tal, que se descubre en su filosofía.

En 1929 se separó de su familia para vivir sola. Fue éste el primer paso que dió para su independecia; rentó a su abuela un cuarto pues tenía una casa de asistencia. Desde niña, Simone deseó la habitación que le proporcionaría la intimidad en los momentos de soledad y meditación que tanto había deseado. “Que alegría poder cerrar mi puerta y pasar mis días protegida de todas las miradas”(13).1929 fue la fecha que marco el inicio de una nueva vida y es también cuando su relación con Sartre adquiere solidez Simone de Beauvoir y Jean Paul Sartre, peleando por su libertad y formándose un modo de vida en común, que es muy importante resaltar, pues sin esto no se podría comprender su obra, puesto que no hay autor que no haya estado expuesta a las influencias.

Estudiaban a Kant y se enfrascaban en discusiones filosóficas y poco a poco se fueron compenetrando el uno con el otro, no sólo sus estudios eran un punto en común sino también sus proyectos y ambiciones y su forma de ser. “Ningun obstáculo exterior nos había forzado nunca a ir en contra de la corriente de nosotros mismos”(14). Eso fue lo que más los unió y lo que prolongó su relación hasta la muerte de Sartre. Al salir de la facultad fue profesora de filosofía en Marsella de 1931 a 1932; después en Rouen de 1933 a 1937. También ejerció en París durante 1938 en el Liceo Moliere y en el Liceo Camille-Say donde preparó a los alumnos de primero superior aspirantes a la escuela normal. Esta fue su trayectoria como profesora de filosofía y en 1934 se retira del magisterio para escribir como había sido su ilusión desde pequeña. En esta fecha se publicó su primera novela. La Invitada, que fue la obra que le abrió las puertas a la literatura. Durante el tiempo que paso como profesora, su vida está llena de relatos interesantes, viaja constantemente, sus relaciones con Sartre son buenas y se basan en una ley suprema: La Libertad. “Nos importa antes que nada coincidir con nosotros mismos. Antes de asignar teóricamente límites a nuestra libertad nos importa salvaguardarla”(15).

Su juventud fue el enfrentamiento con la realidad contraria a su niñez, protegida y beata en un mundo donde la maldad no la tocaba.

“Cuando conocí a Sartre creía que todo estaba ganado: junto a él no podía dejar de encontrarme a mi misma; ahora me decía que esperar la salvación de alguna otra persona que no es uno mismo es el medio mas seguro de correr a la pérdida”...” No tenía ninguna teoría respecto a los derechos y deberes de una mujer; así como antes me negaba a ser definida ‘como una chica’ (16) ahora me veía como una mujer: era yo. Sobre ese plano me sentía en falta. La idea de la salvación había sobrevivido en mi a la desaparición de Dios y la primera de mis convicciones era que cada cual debía ocuparse personalmente de la suya. La contradicción que sufría no era del orden social, sino moral y casi religiosa. Aceptar vivir como un ser secundario, un ser “relativo”, había sido rebajarme como criatura humana; todo mi pasado se sublevaba contra la desgracia”(17). Como se ve nuestra autora se perfila ya a una vida auténticamente humana (18); los cambios que sufrió su juventud no dejaron de ser difíciles, sobre todo por la educación que recibió en su infancia y porque la niña Simone de Beauvoir solo concedía existencia real a los puros espíritus antes que a la carne, y en su juventud se invierten los papeles: “Yo había dejado con entusiasmo de ser puro espíritu; cuando el corazón, la cabeza y la carne marchan al unisono tomar cuerpo es una gran fiesta”(19). La iniciación sexual de Simone de Beauvoir no estuvo exenta de una mala educación por lo cual no le fue fácil enfrentarla, tuvo que conocerla a ciegas para poder entenderla porque nunca la previnieron ni le dieron una orientación. Su instrucción sexual se parece a la de toda mujer que es educada en el recato, bajo la norma de preservar la virginidad como un tesoro. “Pronto las circunstancias me inflingieron la revelación cuyo presentimiento, inquieta había tenido a los veinte años; la necesidad la ignoraba: no había conocido ni el hambre, ni la sed, ni el sueño: fui pronto su presa. Pasaba días, semanas lejos de Sartre, incluso los domingos; éramos demasiado tímidos para ir en pleno día a un cuarto de hotel; además yo me negaba a que el amor cobrara forma de una empresa concretada: la quería libre pero no deliberada. No admitía ni que uno se diera su gusto a deseos, ni que se organizaran los placeres con sangre fría. La alegría amorosa debía ser tan fatal y tan imprevista como las olas del mar, no hubiera podido explicar por qué la idea de una distancia entre las emociones de mi cuerpo y mis decisiones me asustaba. Y precisamente ese divorcio ocurrió. Mi cuerpo tenía sus caprichos y yo era incapaz de contenerlos; su violencia sumergía todas mis defensas. Descubrí que el ansia, cuando ataca a la carne no es simplemente una nostalgia,

sino un dolor...; si aborrecía sufrir y aborrecía mi complicidad con ese sufrimiento que nacía de mi sangre y llegué a aborrecer el susurro de mi sangre en mis venas. En el subterráneo miraba a la gente y me preguntaba: ¿conocen esta tortura? ¿Cómo es posible que ningún libro me haya descrito nunca su crueldad?...Un mal vergonzoso. Yo había seguido mi educación puritana justo lo bastante para poder gozar de mi cuerpo sin trabas, pero no lo bastante para admitir que me incomodaba; hambriento, mendigo quejumbroso, me repugnaba. Estaba obligada a admitir una verdad que desde mi adolescencia trataba de encubrir; mis apetitos desbordaban mi voluntad... Fue por el silencio que me condenaba, mi cuerpo, en vez de un guión, era un obstáculo y le guardaba un ardiente rencor”(20). Así Simone de Beauvoir, como muchas otras mujeres, se enfrenta a la realidad sexual sin ninguna advertencia y esto le produce ese rechazo que al mismo tiempo era algo que la comprometía toda, como también su forma de pensar, y aun no lo bastante desarraigada de esa educación infantil, comprendía la necesidad de su tiranía; sin embargo, sabía que para evitar la dependencia se tenía que renunciar al amor y ella consideraba que era una invalidez ser incapaz de amar. Paulatinamente fue formando su criterio sobre el amor, la pareja y el ser humano ya sin Dios, sin creer en la religión; o creyó en el hombre, lo concreto de él y en lo único real que tiene, por lo que la finalidad de la pareja no es la misma para Simone que la de la religión: el respeto por la procreación.

“Simone sentía que los hijos solo pueden dar hostilidad o la indiferencia, y parir únicamente es aumentar el número de seres que están sobre la tierra sin justificación, por esa razón renuncia a la maternidad y al matrimonio y de las relaciones entre padres e hijos”(21). Desde un punto de vista muy particular, hay algunos puntos en los que no se está realmente de acuerdo, que se desarrollaran a lo largo de este trabajo.

Simone y Sartre leían todo lo que era posible y viajaban por todo Europa, pero su primera finalidad era poder conocer la URSS y el comunismo. Hacia 1933 su mundo empezó a convulsionarse: leían los periódicos y no creían aún en la posibilidad de una segunda guerra mundial; aunque los ánimos se alteraron por doquier ellos no creían posible que se llegara a la guerra. El triunfo de Hitler y la expatriación de intelectuales alemanes, sobre todo de origen israelita,

molestaron a los franceses y entre estos intelectuales se encontraba Einstein. En Italia Mussolini organiza el movimiento fascista, y en España Franco. Poco a poco la guerra se perfila y ellos lo presentían; viajaban mucho, por lo tanto se daban cuenta de lo que pasaba en el propio lugar de los acontecimientos. Presenciaron así la preparación y desarrollo de la segunda guerra mundial, de la que fueron testigos.

1.4 Madurez

Para 1939 la existencia de Simone cambia radicalmente.

La historia la atrapó y por otra parte se internó a fondo en la literatura. En este período pasa de la juventud a la madurez, y se aferra a dos ideas que quería realizar desde su infancia: una, insertar a su vida la literatura, hacer realidad su vocación de escritora y segunda, vivir con vehemencia. Esto último debía hacerlo a su manera, como ella misma dice: “hagamos lo que hagamos, se vive, por supuesto; pero hay más de una manera de vivir los momentos que transcurren: subordinados a una acción; por ejemplo, o proyectándolos en una obra” (22). La empresa que Simone se propuso fue su propia vida, pues sentía que la tenía en sus propias manos y que con ella debía satisfacer su necesidad de ser dichosa y darse al mundo.

Para ella la felicidad estaba garantizada con el entendimiento con Sartre por lo cual solo se preocupaba en agregar experiencias cada vez más agradables.

A los 30 años Simone narra que se sentía más avisada que los jóvenes y más joven que los viejos, esta época de su vida fue de grandes descubrimientos para ella, su curiosidad y sed de saber y de viajar estaban en su máximo apogeo. La palabra que utilizó para definir sus 30 años, son más útiles para comprenderla.

“Era urgente, para el universo como para mí, que yo conociera todo de él” (23). Con la convulsión del momento, Simone y Sartre se propusieron anexarse al mundo pero no se acomodaban a la rutina y barreras establecidas por la sociedad. Por lo tanto, creían fervientemente que el hombre debía ser creado de nuevo, he

aquí una de las bases más fuertes del existencialismo:(24). La autenticidad y la libertad, es decir ser ellos mismos los arquitectos de su propio destino, no hacerlo así era actuar de mala fe, como Simone lo señala en su Filosofía. Como se puede ver Simone entra a la madurez en una situación muy especial; el tiempo y el lugar nos dan una situación concreta que da por resultado una forma de pensar y de vivir, es por eso muy importante analizar el momento histórico y situación de la persona que ahora nos interesa.

Al estallar la Segunda Guerra mundial, Simone sintió que el mundo se derrumbaba. Todo lo que ella tenía asegurado se tambaleaba, tenía miedo no por ella, sino por Sartre y sus amigos que fueron enviados al frente. Durante este tiempo, ella vivió presa de la angustia como cualquier mujer que teme por la suerte de su pareja. Movié cielo y tierra para conseguir estar lo más cerca posible de él, en esos momentos apocalípticos de su existencia, su seguridad se tambaleó como nunca. Para eludir esa angustia se refugiaba en la lectura y en su propio diario que inició en esa época. La segunda parte de libro biográfico La Plenitud de la Vida, es un testimonio día a día de ese tiempo bélico. Es entonces que los acontecimientos la obligan a tomar consciencia de su realidad, los hombres parten al frente y las mujeres se quedan a esperar alguna noticia o con la esperanza vaga de su progreso, Simone más que nunca sintió su condición de mujer puesto que por eso mismo es separada del hombre que ama no pueden compartir la misma suerte en una situación límite como esa. Simone consigue un permiso para ver a Sartre que se encuentra a diez kilómetros del frente. A pesar del peligro va a reunirse con él, Sartre le muestra sus escritos y ella se olvida de la guerra por un momento al leer con interés los cuentos que el había creado en el momento de la separación. Vuelve a París, reflexiona sobre su vida y su situación concreta, tiene 32 años y tal parece que es hasta entonces cuando se percata de su tendencia feminista. Antes sólo era algo latente; ahora salía para hacerse evidente ante ella y se preguntaba “¿En que soy mujer, por ejemplo? ¿En que medida no lo soy? ¿Que pido hoy a mi vida, a mi pensamiento? ¿Cómo me sitúo en el mundo?”(25). Se ocupó en la tarea de responderse todas estas preguntas y por ende responder a las mujeres cuál es la situación femenina.

La victoria de Alemania sobre Francia la llevó más a la desesperación; Sartre se encontraba en manos de los alemanes, en un campo de concentración y

Simone en París que se encontraba casi desierto por la llegada de los alemanes, quienes a diferencia de lo que se esperaba, fueron cordiales con la población. Al poco tiempo recibe carta de Sartre, comunicándole que se encontraba bien en un campo de concentración, no como los de los judíos, de los cuales se decían cosas horribles. El se encontraba a gusto y casi no sentía estar en prisión. Pronto llegaría a París, pero mientras eso sucedía, Simone conoció el dolor de la espera y la nostalgia. Al regreso de Sartre reanudaron su vida cotidiana, sus trabajos, pero con una modificación esencial: ya tenían un vivo interés en la política que antes no existía. Aparece la resistencia francesa en la cual Sartre se involucra. Simone teme por la seguridad de él sin embargo, ella también participa en la resistencia, aunque sólo de una manera pasiva y no tan activa como Sartre. La evolución que se percibe en estos dos personajes es inevitable, las situaciones concretas los hacen madurar, reflexionar y revalorar su existencia y su libertad, llegan a una conclusión muy importante para esta filosofía: “en realidad la sociedad nos acerca desde nuestro nacimiento; en su seno, en mi realidad con ella es como decido de mí” (26). En este párrafo textual se puede ver como la decisión de otro los involucran, por tanto, las decisiones en adelante se tomaran con angustia y la libertad, se torna una responsabilidad personal. En la época de la ocupación alemana, los franceses esperaban con ansias que los liberaran los aliados. Cuando los estadounidenses llegan a liberar a Francia, todo el país los esperaba con júbilo. A partir de la guerra Simone cambió y su mundo no existía, ya no la seducía la brisa, los pueblos, las ciudades que había conocido, pues cambiaron; la guerra los destruyó, los modificó al igual que los paisajes y los caminos tan recorridos y tan queridos por ella; ante sus ojos emergía un mundo distinto al anterior, un mundo nuevo que nace después de una convulsión mortal, ella nos dice que en la post-guerra ya no reconocía el cielo de París, la mirada de los niños, a la gente, ni los lugares, ni el tiempo ni ella misma, al salir a la calle se sentía desterrada, cuando antes se sentía existir en un mundo firme y de valores inmutables, le pareció que lo que había vivido antes equivalía a un período transitorio, la preguerra. Debe considerarse que Simone también vivió la primera guerra mundial. aunque aún muy pequeña, su mundo a pesar de todo, lo sentía seguro; después de la segunda, con justa razón dice que solo vivió el período transitorio de pre-guerra, se encaró a la realidad nunca deseada y pensó que no tenía lugar en este mundo. Siendo niña pensaba que nunca podría pasar y que estaba asegurada en contra del mal,

de la violencia y de la injusticia, tontería y del escándalo, dentro de su hogar se pensaba hija predilecta de Dios y con eso aseguraba su mundo, pero los períodos de la guerra y la post-guerra la hicieron cambiar de opinión.

Por primera vez tenía miedo a la muerte pues se percató de que era mortal, vulnerable aún la misma victoria no borraba el horror pasado, no garantizaba un orden provisionalmente desorganizado, se tenía que cambiar a otra época, a otra etapa y nada volvería ser lo que había sido. Por lo tanto, lo efímero es la suerte y la historia que deseamos o no, nos arrastra. Entremezclados con momentos gloriosos, un cúmulo de dolores sin remedio. Simone afirma: "París entero se había encarnado en mi, y sobre cada rostro yo me reconocía, la intensidad de mi propia presencia me aturdía y me daba una milagrosa intimidad, la de todos los demás" (27).

"Me habían crecido alas y en adelante, yo superaría mi estrecha vida personal, planearía en el azul colectivo, mi dicha resultaría la aventura magnífica de un mundo que estaba creándole de nuevo. Yo no olvidaba su faz de sombra. Obra junto con todos, luchar, aceptar la muerte para que la vida conserve un sentido: Me parecía, que aferrarme a eso preceptos, dominaban las tinieblas en donde subían la queja de los hombres" (28).

Sin embargo no; esas quejas traspasaban mis barricadas las echaban abajo. imposible establecerme en el antiguo optimismo; el escándalo, el fracaso, el horror, no se puede ni pensar ni superarlo:

Eso yo lo sabía para siempre" (29). Después de esta convicción ella ya no se sometería jamás al universo ni a sus planes como antes lo pensaba, aunque Simone seguía despreocupada de fuerzas que la gente toma en serio, su vida dejó de ser un pueblo "conocí mis raíces, no fingí escapar a mi situación: intente asumirlas. En adelante la realidad pesó todo su peso" (30).

Al renunciar a sus ilusiones Simone perdió su intransigencia y su orgullo. Quizá sea el cambio mas grande que se haya producido en ella y aunque a veces sentía una ardiente nostalgia, esa renuncia al mundo que hasta entonces era seguro,

se escapaba de sus manos, pensaba que un país y un paisaje eran vírgenes hasta que ella nos los viera; ahora era distinto, las cosas existían por sí independientemente de su conciencia; más no por eso se amargó o sintió que se encontraba atrapada en una cajita llena de situaciones que jugaban con ella; se preguntaba ¿voy a convertirme en una mujer resignada? Nunca pasó esa idea por su cabeza, prefería cualquier cosa a esa solución. Se catalogaba como optimista puesto que ni los golpes, las desilusiones ni los fracasos la habían destruido; salió indemne, por lo que la muerte tomó un nuevo sentido para ella y se decía “al menos la muerte me garantizaba contra un exceso de sufrimientos”(31). Por lo que está era la única salida para la resignación pues repetía: “antes de resignarme me matare”. Dicha resolución se reafirmó cuando estalló la guerra, cuando la desgracia se volvió una posibilidad cotidiana y la muerte también. Entonces dejó de sublevarse contra la muerte. Nótese que esta forma de pensar se da sólo en tiempos de guerra, donde la muerte es una realidad cotidiana de la cual no es posible huir “La muerte no es siempre un absurdo accidente solitario: a veces crea con los demás lazos vivientes; entonces tiene un sentido y se justifica” (32). Esto se explica porque la justificación de la muerte no es la misma en tiempos de paz que en los bélicos, y en estos últimos los lazos con la muerte son tan reales como la vida misma. Seguramente Simone tuvo esta concepción debido a las circunstancias que la en volvieron. Puede concluirse que para Simone de Beauvoir, la muerte es la ausencia y esta es el reverso de la antigua presencia, de ahí que dé sentido a la existencia” (33) y sea canal para toda comunicación, y además que este periodo representa una metamorfosis que provoca un aferramiento a su viejo ideal: escribir para dejar huella de su existencia, tarea que realizó siempre. Con respecto a su vocación dice: Consciente del abismo que separa de lo que yo sentía a lo que es, yo necesitaba escribir para hacer justicia a una verdad con la cual no coincidían ninguno de los impulsos de mi corazón.... pero la sinceridad literaria no es lo que uno por lo general imagina: no se trata de escribir las emociones, los pensamientos, que instante por instante nos atraviesan, sino que indican los horizontes que no tocamos que apenas vemos y que, sin embargo, están ahí” (34). Por eso, para comprender a través de sus obras la personalidad viva de un autor, hay que darse mucho trabajo. Además la tarea por la cuál se interesa en infinita, pues cada uno de sus libros, dice demasiado y muy poco. Aunque se repita y se corrija durante decenas de años, no se conseguirá jamás captar sobre un papel, como tampoco

en su carne y en su corazón, la realidad innumerable que la rodea. A menudo, el esfuerzo que hace para acercarse a ella, constituye en el interior de la obra una especie de dialéctica. En su caso se manifiesta claramente”(35), es por eso que para poder hablar de Simone con mayor objetividad es necesario dejar hablar al autor por su propia boca y con esto culmina una etapa de la madurez narrada en su segundo libro biográfico. En el tercero, la autora describe los estragos de la post-guerra y el proceso de la estabilización del hombre, pero no por eso cesaron los cambios políticos, sociales y económicos en el mundo: aunque dieron con menor violencia, la situación fue precaria, Simone y Sartre seguían escribiendo y denunciando la injusticia y la mezquindad del sistema; Simone se sentía en vías de la liberación, si no es porque ya había conquistado su libertad. Precisamente el título de su tercer libro autobiográfico *La “Fuerza de las Cosas”* nos dice que lo que antes sucedió fue lo que la arrojó a conquistar su libertad, aún siendo profesora aconsejaba a sus alumnas de la liberación.

En otras ocasiones aconsejó a las mujeres esto mismo, en sus artículos y en sus libros, había tomado conciencia de la condición femenina por lo que sostenía que el primer paso y el que prometió la seguridad de dicha libertad era la económica o material. Ella ya había logrado, con la publicación de sus primeros libros y con los artículos que escribía Para “*Temps Modernes*”, con los cuales se aseguraba económicamente. Escribir se convirtió en un oficio exigente, pues le aseguraba su autonomía moral porque le permitía realizar su libertad en mayor grado que sometiéndose a rutinas lucrativas, por lo que veía en sus libros la afirmación de sí misma. Se había hecho de cierto nombre en el medio literario, aunque no como el de Sartre, que cobraba más y más popularidad, ocasionando que éste viajara constantemente para dar conferencias.

Camus, Merleau Ponty, Bost, Sartre y Simone que escribían “*Temps Modernes*” y en “*Combat*” denunciaban las injusticias y perfilándose como los precursores principales del existencialismo.

Como se sabe, Simone se encuentra en una época y en circunstancias determinadas: “¿Cómo pensar que mi época valía más que las precedentes si en

los campos de batalla, en los campos de concentración, en las ciudades bombardeadas, se habían multiplicado los horrores del pasado?”(36).

Estos pensadores tenían un común denominador: una época y una circunstancia. Es necesario ubicar a nuestra autora perfectamente en su tiempo y en su espacio concreto, para poder comprender su obra y su vida. Aunque no se logre en su totalidad puede tenerse una idea global de esa existencia particular que a este trabajo atañe puesto que es una filosofía de la talla de sus contemporáneos y aparte una mujer comprometida con su tiempo, que a fin de cuentas, es el objetivo que me interesa.

Para el año de 1946, Simone se cuestionaba sobre la condición femenina y aunque se sintió en desventaja por ser mujer, se daba cuenta de que el mundo estaba bajo el dominio masculino, es claro que ella no se sentía en desventaja porque su situación era distinta a la generalidad femenina. Ella era escritora y gozaba de prestigio y de una independencia económica que no se la debía a un hombre, sino a su trabajo. Además, Simone jamás sintió el dominio de Sartre, eran compañeros y nunca se estorbaban en sus planes, se plantearon ambos como sujetos no como objetos. La relación sujeto-objeto lo más común en una pareja, nunca se sintió en desventaja pero su realidad individual no era igual a la realidad que impera en la mayoría de los casos. Se propuso escribir un libro sobre el problema femenino, estudió largas horas el tema en la biblioteca nacional de París, para poder lo escribir. “El Segundo Sexo”, editado en 1949.

A los cuarenta y cuatro años, se le presenta la ocasión de renacer una vez más a la juventud y la toma, se siente renovada por un amor mucho más joven que ella, y aunque en su juventud pensó que las mujeres de cierta edad deben dejar de teñirse el pelo y usar bikini para dejárselo a los jóvenes, experimentó la situación cuando no adoptó la personalidad de una mujer de edad; despertó nuevamente a esa necesidad muy suya, servir para algo. En los años subsecuentes se ocupó en el asunto de Argelia. Sartre y Simone se involucraron de nuevo en un movimiento político: la liberación de Argelia. Tomaron parte en innumerables manifestaciones a favor de ésta se acercaron cada vez más al partido comunista francés, visitaron Cuba y Brazil. Fueron años muy agitados política, sentimental y liberalmente para ambos.

En el epílogo del libro autobiográfico “La Fuerza de las Cosas”, que sin duda, en su vida ha habido un triunfo cierto: sus relaciones con Sartre, aunque la crítica sostenga que ella es una obra de Sartre, Simone se defiende y dice que la “identidad que se encuentra entre los dos es el resultado de un Stock indiviso de recursos, conocimientos, imágenes que disponían para captar el mundo de los mismos instrumentos, de los mismos esquemas, de las mismas claves (37), se le ha acusado también de no haber escrito algo por sí misma, que Sartre le llevaba la mano; también suele ser criticada porque en “El Segundo Sexo”; exhorta a la mujer a tomar un verdadero papel cuando Simone sólo ha tenido un papel relativo con Sartre a ser lo que él ha querido que sea, como afirmaba su padre “la mujer es lo que el marido hace de ella”. Esto no sucedió, puesto que sus obras le han exigido, investigaciones, decisiones, perseverancia, luchas, trabajos, “él me ha ayudado yo también lo he ayudado. No he vivido a través de él”(38).

Entre 1945 y 1952, suscitaron discusiones puesto que no permitieron que se les clasificara; aunque se situaban en la izquierda, no eran comunistas e incluso los rechazaba el partido; también eran “bohémios” y dieron pie la crítica rechazaban la burguesía y aunque tenían dinero no llevaban un tren de vida superior, se encontraban íntimamente ligados pero no sometidos el uno al otro, hecho que desconcertó y molestó.

1.5 Vejez

A los cincuenta y cuatro años, Simone se define como un ser humano igual a todos, una mujer que por decisión personal eligió la profesión de escritora, pues lo único que deseaba era que la escucharan, que le dieran la oportunidad de decir lo que ella veía y captaba del mundo y no obstante la crítica siguió en su cometido, al punto de edad honrosa gana un prestigio sólido, puesto que pudo mantenerse en pie a pesar de la severidad con que se le juzgó. Ser una escritora conocida tiene sus ventajas, pero no es fácil llegar a serlo. Por otro lado, su vida personal se vio afectada: Sartre cobró celebridad y Simone notoriedad. “Perdimos la despreocupación desde el día en que nos convertimos en personajes públicos y tuvimos que tener en cuenta esa objetividad: perdimos el lado aventurero de nuestros

antiguos viales tuvimos que renunciar a los caprichos, a los vagabundeos. Para defender nuestra vida privada tuvimos que elevar una barrera abandonarnos a los cafés y al hotel, esa separación me ha dolido, a mi, que amaba tanto vivir mezclada con todos” (39).

Las relaciones con los otros se falsearon, veía mucha gente pero ellos ya no los veía como a cualquiera. Desde 1954 su libro le aporta mucho dinero y en 1955 compra un departamento con lo recibido del premio Goncourt (40) que le fue otorgado ese año. Se retira a escribir, Ha envejecido: “esto significa muchas cosas y sobre todo que el mundo a su alrededor ha cambiado” (41). En su vejez le parece que lo pintoresco ha muerto; los locos ya no le parecen sagrados, las muchedumbres no la embriagan como en su juventud: “la realidad todavía me interesa pero su presencia ya no me fulmina” (42). Simone se siente vieja: “Ya no tengo ganas de viajar por esta tierra vaciada de sus maravillas: si no se espera todo no se espera nada. Pero me gustaría saber como sigue nuestra historia. Los jóvenes son futuros adultos pero me interesan por eso; el porvenir está en sus manos y en sus proyectos reconozco los míos, me parece que mi vida se prolonga más allá de mi tumba” (43). Para Simone envejecer era definirse y reducirse: “he vivido tendida hacia el porvenir y ahora, en el pasado, se diría que el presente ha sido escamoteado. Durante años he pensado que mi obra estaba ante mi y he aquí que está detrás” (44). La creación y la aventura, es la juventud y la libertad. En el umbral de la vejez se pregunta ¿Cómo lo que no tiene forma ni substancia, el tiempo, puede oprimirme con un peso tan grave que ceso de respirar? ¿Cómo lo que existe, el porvenir puede calcularse tan implacablemente? Simone siente que sus rebeliones se desaniman por la inminencia de su fin y la fatalidad de sus degradaciones, la muerte se convierte entonces, no en una aventura brutal, sino en un sombra que la acompaña entre el mundo y ella, ya ha comenzado.

He aquí lo que no preveía: eso comienza pronto y corroe... sí, ha llegado el momento de decir ¡nunca más!. No soy yo la que se separa de mí: los caminos de las montañas se rehusan a mi paso. Nunca más me desplomaré aturdida, en el olor del heno; nunca más un hombre... ahora, las horas demasiado cortas me llevan con rienda suelta a la tumba. Trato de no pensar: dentro de diez años, dentro de unos años. Los recuerdos se extenuan, los mitos se descaran, los proyectos

abortan en el huevo. Yo estoy aquí y las cosas allá ¿Qué me parezca largo, si debe durar, mi breve porvenir?”(45).

Esta es la idea general de la vida de una gran mujer que se ha elegido y comprometido con su elección.

OBRAS DE SIMONE DE BEAUVOIR

L' Invité	La Invitada	Novela 1943
Le Sang Des Autres	La sangre de otros	Novela 1944
Pyrrhus le Cinéas	Pyrrhus el Cinéas	Ensayo 1945
Les Bouches inutiles	Las bocas inútiles	Teatro 1945
Tous les Hommes sont Mortels	Todos los hombres son mortales	Novela 1947
L' Amérique au Jour le jour	América día a día	1948
Le deuxième sexe	El segundo sexo	
I Les faits et les mythes	Los hechos y los mitos	1949
II L' expérience vécue	La experiencia vivida	1949
Les Mandarins	Los Mandarines	Novela 1954 (Premio Goncourt)
Privilèges	Privilegios	1955
La Longue Marche	La larga marcha	Ensayo sobre China, 1957
Memoires D' une jeune fille rangée	Memorias de una chica. formal	Autobiografía 1958
L' Existentialisme et sagesse des nations	El existencialismo y la sabiduría popular	Ensayo 1948

Una mort molt dolca, col la mirada	Una muerte muy dulce	1966
La force de L' age	La plenitud de la vida	Autobiográfica 1960
La force des choses	La fuerza de las cosas	Autobiográfica 1963
La femme rompue	La mujer rota	Novela 1967
Tout compte fait	Final de cuentas	Biográfica 1972
La Ceremonie des adieux	La ceremonia del adios	Biográfica 1974
La Vieillesse	la vejez	1980

Notas

- (1) Simone de Beauvoir, Memorias de una joven formal, Ed. Hermes Sudamé-rica, p.39.
- (2) Ibid, p. 60.
- (3) Ibid, p.72.
- (4) Ibid, p.77.
- (5) Ibid, p.88.
- (6) Ibid., p.151.
- (7) “En mi universo La carne no tenía derecho a la existencia” supra. p.24. de este trabajo En la religión cristiana La carne es asimilado al pecado.-vid p. 62 del cap. 11 de este trabajo.
- (8) Zaza es de influencia trascendental en su juventud, mejor amiga que nos cuenta sus memorias.
- (9) Ibid. p. 74.
- (10) Ibid. p. 75.
- (11) Ibid. p. 236.
- (12) Ibid. p.
- (13) Simone de Beauvoir, La plenitud de la vida, Editorial ADHASA 2da, ed, p. 14.
- (14) Ibid. p. 18.
- (15) Ibid. p. 25.
- (16) Ibid. p. 69.
- (17) Ibid. p. 69.
- (18) Vida auténticamente humana es para Simone de Beauvoir “una condición humana plenamente asumida; y nos parece que asumiéndola, ella se justifica”. Simone de Beauvoir: “El existencialismo y la sabiduría popular, Ed. Leviatán, p. 41.
- (19) Ibid. p. 70.
- (20) Ibid. p. 71.
- (21) En la obra La mujer rota de Simone de Beauvoir. Tesis principal de la obra. “La mujer echa los hijos al mundo; ellos (los hombres) quisieran que ese dique, que esos niños justificaran definitivamente su existencia Simone de Beauvoir El Existencialismo y la sabiduria popular, Ed. Leviatán. p. 36.

- (22) Ibid. p. 389.
- (23) Ibid. p. 390.
- (24) Ibid. p. 391. Se trata de Hacer Historia humana, de hacer al hombre, y puesto que el hombre esta por hacerse, es problemático en ese problema el que esta en la fuente, a la vez, de la acción y de su verdad. Simone de Beauvoir "El Existencialismo y la sabiduria popular," Ed. Leviatán p. 10, P.F. con la idea de Sartre. "El hombre tal como lo concibe el Existencialista, si no es definible, es porque empieza por no ser nada. Solo será después y sera tal y como se haya hecho. " Jean Paul Sartre, "El Existencialismo es un Humanismo," Ed, Quinto Sol, 3a. Ed. p. 33.
- (25) Ibid. p. 397.
- (26) Ibid. p. 396.
- (27) Ibid. p. 652.
- (28) Ibid. p. 652.
- (29) Ibid. p. 652.
- (30) Ibid. p. 652.
- (31) Ibid. p. 654.
- (32) Ibid. p. 655.
- (33) Ibid, pp. 654-5
- (34) Ibid, PP. 658.
- (35) Ibid. p. 658.
- (36) Simone de Beauvoir, La Fuerza de las Cosas Ed, EDHASA la. Ed, pág. 84.
- (37) Ibid. p. 746.
- (38) Ibid. p. 748.
- (39) Ibl. p. 755.
- (40) El premio Goncourt es un premio que otorga la academia de las letras francesas.
- (41) Ibid. p. 757.
- (42) Ibid. p. 758.
- (43) Ibid. p. 758.
- (44) Ibid. p. 759.
- (45) Ibid. p. 760.

CAPÍTULO II HISTORIA DE LA MUJER

Si retomamos los materiales de la historia a la luz de la Filosofía Existencial, podemos comprender cómo se ha establecido la jerarquía de los sexos.

Si dos categorías humanas se enfrentan, se plantea una lucha por la soberanía. Cuando uno de las dos triunfa sobre la otra, la tendencia más natural es mantenerla en la opresión. Se comprende entonces que el hombre haya tenido la voluntad de dominar a la mujer, pero, ¿qué privilegio le ha permitido realizar esa voluntad?

Al analizar paso a paso la prehistoria y la historia nos encontramos con que de ésta última sólo podemos esbozar hipótesis ya que es aventurado formarse un juicio de los períodos que proceden a la agricultura, de los que hay pocos testimonios así como dificultad para interpretarlas; no obstante se consideran los más razonables.

Cuando aparecen los primeros grupos nómadas, al parecer no se plantea la igualdad de la mujer. Se dice que era quien cargaba los fardos de la tribu porque sus fuerzas estaban minadas por los frecuentes embarazos o porque se encontraba encinta y no podía defenderse por la falta de agilidad que esto le causaba; mientras que el hombre necesitaba tener su cuerpo libre de peso para defender a la tribu de los posibles agresores, como fieras y otros enemigos. En todo caso, por robusta que la mujer fuera la servidumbre de la reproducción representaba para ella una terrible desventaja en la lucha que debía sostener en contra de un mundo hostil. Como no existía ningún "control" de los nacimientos, y dado que la naturaleza no asegura a la mujer períodos de esterilidad como a otras hembras mamíferas, las repetidas maternidades le absorbían la mayor parte de sus fuerzas y su tiempo; por otro lado la mujer no podía asegurar la vida de los hijos puesto que los cazadores y pescadores sólo podían arrancarle a la naturaleza poco de sus frutos por la falta de recursos y conocimientos. La escasez del alimento y la fecundidad absurda de la mujer le impedían participar activamente en el crecimiento de esos recursos en tanto creaba indefinidamente nuevas necesidades.

Sabemos a la perfección que la mujer es necesaria para perpetuar la especie, pero lo hacía con demasiada frecuencia y era el hombre quien aseguraba el equilibrio entre la reproducción y la producción. Así, la mujer perdía el privilegio de mantener la vida frente al hombre.

“Sólo le correspondía una pequeña parte en el esfuerzo que hacía la especie humana por sobrevivir, y gracias al hombre ese esfuerzo se lograba concretamente, por lo que engendrar y criar no fueron ni son actividades sino funciones naturales: ningún proyecto le es referido y la mujer no encuentra en ellos el motivo de una afirmación altanera de su existencia, sufriendo pasivamente su destino biológico”(1).

El caso del hombre fue distinto por no estar esclavizado como la mujer a la procreación. Poco a poco se anexaba al mundo, cazaba y pescaba, se convirtió en el homo faber, creador e inventor por naturaleza; al contar con utensilios para la caza y la pesca, agranda su botín, y al apropiarse de las riquezas naturales se anexa al mismo mundo. Experimenta su poder, se plantea fines, proyecta caminos, se realiza entonces como existente.

Para poder mantener, crea; la creación es devorar el presente, abrir el porvenir; por esa razón las expediciones del cazador se tornan en ritos sagrados y a su regreso la tribu lo recibe con fiestas y alabanzas. El hombre, se eleva a un plan superior. Nos dice Simone de Beauvoir, “la maldición de la mujer fue estar excluída de esas expediciones guerreras o de caza, puesto que el hombre se eleva sobre el animal al arriesgar su vida y no al darla; por eso la humanidad acuerda superioridad al sexo que mata y no al que engendra”(2).

También nos dice que ésta es la llave de todo el misterio. “Biológicamente hablando, una especie sólo se mantiene si se crea de nuevo, pero esa creación sólo es una repetición de la misma vida bajo formas diferentes. El hombre asegura la repetición de la vida al trascender la vida por la existencia y por medio de esa superación crea valores que niegan valores a la pura repetición”(3). “Por eso la mujer al haber sido consagrada biológicamente a repetir la vida, a sus mismos ojos la vida no lleva en sí sus razones de ser y esas razones al fin de cuentas son

mas importantes que la vida misma. En consecuencia, la mujer originalmente es una existente que da la vida y no la arriesga”(4).

Tenemos entonces la razón por la que el hombre se ha planteado como amo frente a la mujer desde la prehistoria; entonces la humanidad ha preferido las razones de la vida a la vida misma el hombre no quiere repetirse en el tiempo, sino reinar en el instante y formar el porvenir;(5) al crear valores, la actividad macho a constituido a la existencia misma como un valor; la ha hecho triunfar sobre el curso de la vida, y ha esclavizado a la naturaleza y a la mujer.

2.1 Historia

En la prehistoria no había ninguna institución ni existía propiedad privada, no hay herencia, no hay derecho, la religión es neutra: se adora a algun totem asexual. Las instituciones y el derecho aparecen cuando los nómadas se tornan sedentarios y se convierten en agricultores. Dentro de esta comunidad agrícola incipiente, la mujer se reviste a menudo de un prestigio extraordinario. Este prestigio se explica por la nueva importancia que se le concede al niño en una civilización que está basada en trabajo de la tierra: al instalarse en la tierra aparece la propiedad, pero en forma colectiva. Dicha propiedad exige una posteridad que sólo le puede dar a los hijos, por lo que nace el instinto maternal como una función sagrada. La naturaleza entera suele presentarse como una madre; la tierra es análoga a la mujer por su fecundidad puesto que ambos poseen esa potencia oscura.

Pero aunque la historia hable de una edad de oro para las mujeres, aún en esta situación la mujer y el hombre no tenían relaciones de reciprocidad. Tierra, madre o diosa no eran semejantes la mujer terrenal, por que las potencias de las primeras se afirman más allá del reino humano, por lo que la mujer “humana” se encontraba fuera de ese reino y su situación de hecho era distinta a la de esa madre, tierra, diosa localizada. No sucede así en el régimen materno, donde la mujer ocupó una situación muy alta: aún así hay que advertir que la presencia de una mujer jefe, de una reina a la cabeza de la tribu, no significa de ninguna manera que las mujeres hayan sido soberanas: como por ejemplo el advenimiento

de Catalina de Rusia no modificó en nada la suerte de las campesinas rusas. El destino de la mujer es ser sometida, poseida y explotada, como lo es también la naturaleza cuya mágica fertilidad encarna. El prestigio que goza a los ojos de los hombres lo recibe de ellos mismos, no adoran a la “mujer” no es ella la diosa madre. Todos los ídolos inventados por el hombre, por terroríficos que hayan sido, de hecho dependen de él, y por eso, podrá destruirlos.

No comprender los fenómenos naturales causa temor y admiración, y aunque todavía no tienen los medios prácticos de dominar totalmente a la mujer tierra, aún no se atreven a dirigirse contra ella, pero ya se quieren liberar.

De aquí que la mujer sólo sea venerada en la medida en que el hombre se hace esclavo de sus propios temores, cómplice de sus impotencias; le rendía culto en el terror, y no en el amor(6).

Por ello puede decirse que “la mujer esclava o ídolo, nunca ha elegido su suerte; son los hombres quienes deciden si sus divinidades supremas serán hembras o machos; el lugar de la mujer en la sociedad es siempre el que le asignan: en ningún tiempo ella ha puesto su propia ley”(7).

El hombre no reconocía en la mujer a un semejante porque ella no participaba de su manera de trabajar o pensar; además, permanecía sujeta a los misterios de la vida, y si le sumamos a esto la tendencia natural de la dominación, podemos decir que esta incapacidad femenina se convirtió en una de sus principales maldiciones.

Esto a su vez provocó que la mujer tuviera al hombre de cierta manera bajo su dependencia en el mismo momento en que dependía de él; pero cuando el hombre descubre la fuerza generadora o sea la agricultura, deja de ser un ritual mágico y comprende los procesos naturales, entonces la madre deja también de ser una diosa, ya no hay tal magia, por lo que desde ese momento la mujer es reducida al rango de nodriza, de sirvienta, y se exalta la soberanía del padre, que es el que retiene los derechos y los transmite. En las Euménides, de Esquilo, Apolo proclama: “No es la madre la que engendra a los hijos, ella es sólo nodriza del

germen depositado en sus entrañas; quien engendra es el padre. La mujer recibe el germen como una depositaria extraña, y lo conserva si así le place a los dioses”(8). De esto resultó que el hombre se atribuye la posteridad, y se desprende de la autoridad femenina, relegada a la procreación y a las tareas secundarias. Y despojada de su importancia práctica y de su prestigio místico, la mujer aparece entonces como una sirvienta cuando el hombre se afirma como sujeto y libertad. A partir de ese día el hombre y la mujer se enfrascan en un drama que hasta nuestra época trasciende. La existencia del otro se convierte en una amenaza, un peligro y ese otro es la mujer. Por lo que naturalmente el hombre da a ésta una situación subordinada y lo temían, aunque solía considerarla como a los hijos y al ganado, con benevolencia.

La mujer que en ese entonces es sagrada, se vuelve impura.

Podemos citar varios ejemplos, Eva es entregada a Adán para ser su compañera, y ella pierde al género humano; “cuando los dioses paganos quieren vengarse de los hombres inventan a la mujer y Pandora la primera de esas criaturas hembra que nace, desencadena todos los males que padece la humanidad. Entonces la mujer encarna la pasividad frente a la actividad que representa al hombre, ella es la diversidad frente a la unidad que es él, es la materia frente a la forma, el desorden que se resiste al orden, es la consagrada al mal.

“Las leyes de Manú la definen como a un ser vil a quien conviene tener en estado de esclavitud”. “El Lévitico” la asimila a las bestias de carga que posee el patriarca. “Las leyes de Solón” no le confieren ningún derecho”.

“El Código Romano la pone bajo tutela y proclama su imbecilidad”. El derecho Canónico la considera como la puerta del diablo. El Corán la trata con el desprecio más absoluto”(9).

Pero a pesar de todo, el mal conviene al bien como la noche al día y el hombre sabe que la mujer es indispensable para satisfacer sus deseos y para perpetuar su existencia, por lo que necesita integrarla a la sociedad, pero no sin someterla al orden que el establezca y éste será si la mujer quiere tener ciertos

privilegios frente a los ojos del hombre, tendrá que ser una esposa casta y dócil, solo así podrá reivindicarse con él y gozará de ciertos privilegios que no tiene su ganado.

Cuando el hombre se integra totalmente al mundo y con él a la mujer, ésta es relegada al rango de cosa, pero el hombre siempre ha querido otorgar su propia dignidad a aquéllos que conquistó y posee: intentó hacer de la esposa una sirvienta y una compañera a la vez, y su actitud evolucionará en el transcurso de los siglos, lo que provocará también una evolución en el destino femenino.

2.2 La mujer griega

Se dividían en tres clases de mujeres, como lo hace ver Demóstenes "Tenemos Hetairas para los placeres del espíritu, ramera para el placer de los sentidos y esposas para darnos hijos" (10), trasciende en nuestros días.

En Atenas la mujer estaba encerrada en sus habitaciones, mantenida por la Ley en un estado de sujeción muy severo y vigilada por Ministros Especiales. Estaba bajo el poder de su tutor, fuese su padre o marido, el heredero del marido, o en su defecto el estado.

Estos eran sus amos y disponían de ellas como de una mercancía, pues el poder del tutor se extendía a su persona y bienes al mismo tiempo.

La ley Griega, sin embargo, aseguraba a la mujer una dote para su manutención que debería ser restituida totalmente en caso de divorcio y éstas eran las únicas garantías que le otorgaban.

Esparta fue la única ciudad donde prevaleció un régimen comunitario y por ende, la mujer fue tratada casi en pie de igualdad con el hombre.

Las niñas eran educadas como los varones; la esposa no quedaba confinada en el hogar de su marido, quien sólo estaba autorizado a hacerle furtivas visitas nocturnas, y su esposa le pertenecía tan poco que en nombre de la Eugenesia cualquier hombre podía reclamar el unirse con ella; la noción del adulterio

desaparecía, cuando desaparecía la herencia; “como todos los niños pertenecían en un común a la ciudad, las mujeres ya no estaban sujetas celosamente a sus amos”(11). o inversamente se puede decir, que al no poseer ni bien propio ni descendencia singular, el ciudadano tampoco poseía a la mujer.

La mujer griega vivía reducida a una semiesclavitud, y ni siquiera tenía la libertad suficiente para indignarse, Safo es una de las pocas mujeres que se atreve a protestar por la situación femenina.

En los escritos del Hesíodo encontramos desprecio por la mujer. “Quién se confía a una mujer se confía a un ladrón” (12).

En la época clásica la mujer se había confinada en el Gineceo.

“Para Aristóteles la mujer es en virtud de una deficiencia y debe vivir encerrada en el hogar y subordinada al hombre”(13).

En este período la mujer no tiene prestigio alguno, aunque hay una excepción para hacer honor a la verdad, esta excepción es Platón, que se proponía admitir un consejo de matronas en la administración de la República y dar una educación libre a las prostitutas.

Ya para el siglo VIII a.C. el concepto femenino llegó a su máxima degradación en los escritos de algunos hombres de la época, por ejemplo: Arquíloco escribió: “Las mujeres son el mayor mal que Dios ha creado; y aunque a veces parezcan útiles, muy pronto se vuelven una carga para sus manos”(14). El concepto de mujer de Hiponacte es: “Sólo hay dos días en la vida en los que vuestras mujeres se regocijan: el día de su boda y de su entierro”(15).

Durante la época clásica griega el ser mujer era un desprestigio, una deficiencia, aunque no tanto como para los Jonios, “Hay muchos monstruos en la tierra y el mar, pero el mayor de ellos sigue siendo la mujer”(16). “La mujer es un dolor que no nos deja”, dice Menandro”(17).

Para terminar de esbozar la situación de la mujer griega diremos que ésta era demasiado cuidadosa como para reprochar sus costumbres, pues consagrada a la obediencia, podía desobedecer, aniquilar a su esposo con escenas y lágrimas chismes e injurias; el matrimonio destinado a sujetar a la mujer, era también una cadena para el hombre; con esto puede comprenderse porque el hombre se expresaba así de la mujer.

Esta se convierte en una carga pesada que el mismo provoco.

2.3 La mujer romana

La mujer romana fue legalmente más sometida que la griega, puesto que la primera en su vida civil es una "eterna menor", no se le niega la participación a la herencia paterna pero ésta no puede disponer de ella sin la autorización del tutor. Su primer tutor es el padre, y al casarse, la tutela pasa a manos del esposo. Aunque la griega tenía más libertad legal que la romana, ésta a su vez estaba más integrada a la sociedad que la griega.

La romana se sentaba en el atrium, que es el centro de la residencia, en vez de quedar relegada al secreto del gineceo. Es ella quien preside el trabajo de los esclavos, dirige la educación de los niños, y ejerce su influencia sobre estos, a menudo hasta una edad avanzada, comparte los trabajos y preocupaciones del esposo, y se considera copropietaria de sus bienes. No está confinada a sus aposentos, asiste a las comidas y fiestas y va al teatro; en la calle, los hombres le ceden el paso. Puede observarse que su situación carecía de equilibrio, era heredera, tenía derechos al igual que el padre respecto a los hijos, hacía testamento, y gracias a la institución de la dote, escapaba de la opresión conyugal, pero solo se emancipaba de una manera negativa porque no le proponían ningún empleo concreto de sus fuerzas. La independencia económica es abstracta si no engendra ninguna capacidad política, es así, que privada de poder actuar, hace manifestaciones: se expanden tumultuosamente por la ciudad, asedian los tribunales, fomentan conjuraciones, atizan las guerra civiles, por fin estalla el escándalo de las vestales, cuyo colegio es suprimido.

Como la vida y las virtudes públicas le son inaccesibles, cuando la disolución de la familia vuelve inútiles y reprimidas las virtudes de antaño, ya no hay moral alguna que se pueda proponer a las mujeres romanas.

Ante esto, las romanas se ven en la encrucijada de retomar los valores de antaño con todo y sus limitaciones, o no reconocer ninguna más. Sobreviene el descontento entre ellas al grado de que la gran mayoría se niega a la maternidad, además de multiplicar los divorcios. Muchas matronas se inscriben como prostitutas para no ser molestadas en su libertinaje.

Por otra parte, como a las contemporáneas, se les reprocha su lujuria, y las censuran porque quiere dedicarse a las ocupaciones de los hombres, entonces se interesan en la política, se hunden en los expedientes de los procesos, discuten con los gramáticos y los retóricos, y se apasionan por la caza, las carreras de carros, la esgrima y la lucha.

El hecho es que rivalizaban con los hombres sobre todo a causa de sus gustos por las diversiones y los vicios; carecían de educación suficiente para lograr objetivos más altos, y por lo de más, no se les propone ningún fin, pues la acción le es siempre prohibida. La romana de la antigua república ocupa un lugar sobre la tierra, pero está encadenada, falta de derechos abstractos y de dependencia económica; la romana de la decadencia es el tipo de falsa emancipación,(18), una libertad vacía: es libre "para nada".

2.4 Edad Media

El mismo derecho Romano sufrió la influencia de una ideología nueva. El cristianismo, trastornó la situación económica, social y política, la mujer sufre el contragolpe.

En la primera época del Cristianismo las mujeres eran relativamente honradas cuando se sometían al yugo de la iglesia. "A través de San Pablo se afirma la tradición judía. Hoscamente Antifeminista. San Pablo ordena a las

mujeres humildad, contención y funda su principio de la subordinación de la mujer al hombre en el nuevo testamento” (19).

“El hombre no ha sido sacado de la mujer sino la mujer del hombre, el hombre no ha sido creado para la mujer sino la mujer para el hombre”. La iglesia entonces somete a la mujer y le pide obediencia y abstención, el papel de ésta para la religión, donde la carne es maldita, la mujer entonces se presenta como la tentación más temible del demonio.

Tertuliano al respecto dice “Mujer eres la puerta del diablo, has persuadido a aquél a quien el diablo no se atrevía atacar de frente. Por tu culpa tuvo que morir el hijo de Dios; deberías ir siempre vestida de duelo y de harapos” (20). San Ambrosio nos dice “Adán fue inducido al pecado por Eva, y no, Eva por Adán. Es justo que aquél a quien la mujer ha inducido al pecado, sea recibido por ella como soberano.” (21) San Juan Crisóstomo, dice: “No hay ninguna bestia salvaje tan dañina como la mujer” (22).

A partir de Gregorio VI, cuando se impone el celibato a los sacerdotes, el carácter peligroso de la mujer se resalta con más severidad. Todos los padres de la iglesia proclaman su abyección .

Santo Tomás es fiel a esa tradición cuando nos dice que “la mujer no es más que un ser “ocasional” e incompleto, una especie de hombre frustrado” (23).

Es así, que el derecho canónico no admite ningún otro régimen matrimonial que no sea el dotal que vuelve a la mujer incapaz e impotente, y no se reconoce el valor de su testimonio, se prohíbe el divorcio y se exige que el matrimonio sea un acontecimiento público, ésta es la situación que predomina durante la edad media.

2.5 Feudalismo

Cuando terminan las convulsiones a la Alta Edad Media y se organiza el Feudalismo, la condición de la mujer se presenta muy incierta. Lo que caracteriza

el derecho feudal es la confusión entre el derecho de la soberanía y el de propiedad entre los derechos públicos y los derechos privados, lo que explica que la mujer se encuentra alternativamente rebajada y elevada por ese régimen. Primero se le niegan todos los derechos privados porque no tiene ninguna capacidad política. En efecto, hasta el siglo XI el orden se funda sólo sobre la fuerza, y la propiedad sobre el poder de las armas, por lo que la mujer no podría tener el dominio feudal pues era incapaz de defenderlo; pero esto cambia cuando el feudo se vuelve hereditario y patrimonial, aunque la suerte de la mujer no mejora por el hecho que puede heredar; ella necesita un tutor masculino, el marido desempeña ese papel que trasciende hasta nuestros días.

Hubo pocas épocas en las que la suerte de la mujer haya sido tan severa: Una heredera es una tierra y un castillo; los pretendientes se disputaban esa presa, a veces la joven sólo tenía doce años, o aún menos, cuando su padre o señor la daba como regalo a cualquier varón. Para el hombre multiplicar los matrimonios era multiplicar sus dominios, y por lo tanto, abundaban los repudios y la iglesia los autorizaba hipócritamente, al encontrar un pretexto para la anulación. Si enviudaban debían encontrar siempre de inmediato un nuevo amo ya que ella no podía administrar su feudo por su condición de mujer.

A menudo se ha presumido de las manifestaciones del amor dadas con gran cortesía, es decir, el amor cortés característico del siglo XII contribuyó a mejorar la actuación de la mujer.

Lo cierto es que frente a Eva pecadora la iglesia se vio obligada a exaltar a la madre del Redentor, y su culto se volvió tan importante que se ha podido decir que en el siglo XIII, Dios se había hecho a la mujer, por lo tanto, en el plano religioso se desarrolla una mística femenina.

Pero de hecho, como el esposo feudal era un tirano y un tutor, la mujer se lanza en busca de un amante fuera del matrimonio, y el amor cortés es una compensación a la barbarie de las costumbres oficiales. Sí, la cortesía dulcificaba la suerte de la mujer, pero no modificaba su situación profundamente. No fueron la ideología ni la religión o la poesía, las que condujeron a una liberación femenina,

que por causas muy distintas conquista algún terreno al finalizar la edad feudal. Cuando la supremacía del poder real se impone a los señores feudales, el soberano pierde gran parte de sus derechos, se le suprime poco a poco el decidir acerca del matrimonio de sus vasallos, al mismo tiempo que se le quita el goce de los bienes de su pupila y con ellos los beneficios unidos a la tutela y cuando el servicio del feudalismo es reducido a una prestación en dinero, hasta la tutela desaparece.

En el feudalismo civil el matrimonio conserva el mismo aspecto que en los tiempos del feudalismo militar, el esposo es el tutor de la esposa. Cuando se constituye la burguesía, ésta observa las mismas leyes. Tanto en el derecho de las costumbres como en el derecho feudal, la emancipación sólo es posible fuera del matrimonio. La joven y la viudedad tiene las mismas capacidades que el hombre pero, al casarse, la mujer cae bajo la tutela del marido, quien puede pegarle, vigilar su conducta, relaciones, correspondencia y dispone de su fortuna, no en virtud de un contrato, sino del hecho mismo del matrimonio. Esto es lo que pasa con la mujer burguesa, sin embargo la pobreza en las pequeñas comunidades rurales y entre los artesanos permite vivir a los esposos en un pie de igualdad, la mujer no es una cosa, ni una sirvienta, esos son lujos de los hombres ricos, el pobre siente la responsabilidad del lazo que le une a su cónyuge en el trabajo libre, la mujer conquista una autonomía concreta, porque encuentra un papel económico y social. Mientras la mujer rica paga su ociosidad con sumisión. Como en los tiempos de las Hetairas la alta galantería abría más las posibilidades al individualismo femenino que las de vida honesta. También las Romanas de la decadencia solo se liberaban por medio del vicio, nos dice Simone de Beauvoir “La negativa sigue siendo la suerte de la mujer mientras su liberación es negativa”(24).

Se observa que el pensamiento del hombre medieval es poco favorable a la mujer, es cierto que los poetas cortesos exaltaron el amor y el servicio a las damas, pero también hay escritos que atacan malignamente a la mujer, como fábulas, farsas y lujurias. Sus peores enemigos son los curas, quienes emprenden contra el matrimonio de los sacerdotes. La iglesia lo convierte en un sacramento y sin embargo, lo prohíbe a la “Elite” cristiana, he ahí una contradicción que origina “la querrela de las mujeres” (25). Esa actitud ambigua de la iglesia con respecto al

matrimonio, provoca que Lutero liquide ese conflicto rechazando el celibato de los sacerdotes, pero la mujer no sufre ninguna influencia en esa guerra reformista.

La sátira de las farsas y las fábulas critican a la sociedad tal cual es, pero no pretenden cambiarla, se burlan de las mujeres, pero no traman nada en contra de ellas; la poesía cortés exalta a la femineidad, pero tal punto, por el contrario no implica la asimilación de los sexos. La “querella” es un fenómeno secundario que refleja la actitud de la sociedad pero no la modifica.

2.6 Renacimiento

Ya se ha dicho que el estatuto legal de la mujer permaneció más o menos estático desde el comienzo del siglo XV al siglo XIX, pero en las clases privilegiadas su condición concreta evolucionó.

El renacimiento italiano es una época de individualismo que se muestra propicio para la expansión de todas las personalidades fuertes, sin distinción de sexos. Entre esas mujeres distinguidas había una mayoría de cortesanas que unían la libertad de las costumbres del espíritu, con el ejercicio de su profesión. Se asegura la autonomía económica(26). Y muchas eran tratadas por los hombres con admiración; protegían a las artes, se interesaban por la literatura, por la filosofía y a menudo ellas mismas escribían y pintaban Santa Teresa “manifiesta con fuerte convicción que una mujer puede elevarse a la misma altura que el hombre cuando una suerte asombrosa le da las oportunidades de un hombre”(27).

Pero sus oportunidades de hecho son muy desiguales en el siglo XVI. Las mujeres son escasamente instruidas, a excepción de las mencionadas.

En el siglo XVIII las mujeres siguen distinguiéndose esencialmente en el dominio intelectual. Se desarrolla la vida mundana y se difunde la cultura; el papel que desempeña la mujer en los salones es considerada por el hecho que no esta comprometida en la construcción del mundo, además dispone del tiempo necesario para entregarse a las conversaciones sobre las artes y las letras.

Su instrucción no está organizada pero a través de las charlas, de las letras y de las enseñanzas de preceptores privados o conferencias públicas, logra adquirir conocimientos superiores a los de su marido. La mujer entonces asegura el papel más eficaz de una manera indirecta, como animadoras, consejeras, o intrigantes (nueva hetaira). Al lado de esas grandes damas se afirman algunas grandes personalidades en el mundo que escapan a las sujeciones burguesas, y se ve aparecer una especie desconocida; la actriz. La presencia de una mujer sobre el escenario se señala por primera vez en 1545. Hacia principios del siglo XVII, la mayoría ellas son esposas de actores, en seguida se independizan en su carrera, del mismo modo que en su vida privada. En cuanto a la cortesana, después de haber sido Frine e Imperio, encuentra su encarnación más acabada en Ninón de Lenclos, supera la femeneidad al explotarla, vive entre los hombres y así adquiere cualidades viriles, la independencia de sus costumbres la inclina a la independencia del espíritu, Ninón llevó la libertad al punto más alto al cual pudo llegar entonces una mujer de su época.

En el siglo XVIII la libertad y la independencia de la mujer aumenta todavía, al principio las costumbres siguen siendo severas, la joven sólo recibe una educación sumaria, se casa o la mandan a un convento sin consultarla. La burguesa, clase de ascenso cuya existencia se consolida, impone a la mujer una moral muy rigurosa. Pero en desquite la descomposición de la nobleza permite a las mujeres de mundo las mayores licencias y la misma alta burguesía es contaminada por esos mismos ejemplos; ni los conventos ni el hogar logran contener a la mujer. Y una vez más para la mayoría de ellas se trata de una liberación negativa y abstracta pues se limitan a buscar el placer, aunque las que son inteligentes y ambiciosas se crean posibilidades de acción, la vida adquiere un nuevo impulso, convirtiéndose en protectoras e inspiradoras, y constituyéndose en el público favorito del escritor, se interesan personalmente en la literatura, la filosofía y las ciencias.

Las cosas llegan a tal punto, que Montesquieu estima que en Francia todo se hace por las mujeres, quienes constituyen dice, "un nuevo estado en el estado"(28).

Así es que el campo más accesible para las mujeres de este tiempo fue la cultura, la pregunta que se desprende es: ¿Por qué entonces ninguna de ellas llega a la altura de un Dante o un Shakespeare?, la respuesta es simple, la cultura siempre ha sido de una élite femenina privilegiada y no de la masa, y aún la mujer privilegiada y con talento se veía rodeada de una serie de obstáculos. Según Virginia Wolf, la mujer escritora siempre ha suscitado toda clase de hostilidades” (29). El doctor Johnson las compara con “un perro que camina con las patas de a través” eso no esta bien, pero es asombroso” (30). Simone de Beauvoir afirma algo muy cierto de terceras opiniones, y la mujer depende estrechamente de esa opinión. Se concibe entonces que la mujer artista necesita doble esfuerzo para prescindir de ella, y a menudo se agota en esa lucha.

En el siglo XVII cuando aparece la máquina nace una nueva era para la mujer, reconquista una importancia económica que había perdido desde la época prehistórica se escapa del hogar y toma parte en la producción de las fábricas. La máquina permite ese cambio, pues anula en muchos casos la diferencia física entre el hombre y la mujer.

Otras que siguieron su ejemplo, pero que aún en el siglo XIX se veían obligadas a ocultarse’ “no tenían ni siquiera un cuarto propio” es decir, no gozaban de esa independencia material que es una de las condiciones necesarias para la libertad” (31).

De tal modo, nuestra autora nos presenta la primera forma positiva para la liberación. La no dependencia económica de la mujer conlleva a la emancipación de la mujer y por ende la del hombre.

Las artes fueron el primer medio que encontró la mujer para salir mas positivamente de su condición de sujeción.

En el renacimiento hubo damas de la nobleza y mujeres de espíritu de lucha que proclamaban a favor de su sexo las doctrinas platónicas importadas de Italia, espiritualizan al amor y a la mujer, y para defenderla intervienen gran cantidad de letrados.

Pero al obtener triunfos la mujer provoca nuevos ataques. “El feminista más decidido de aquella época, Poulaine de la Barre, estima que los hombres son más fuertes, y han favorecido en todo a su sexo, y que las mujeres aceptan esa dependencia por costumbre, nunca se les ha dado la oportunidad, ni libertad, ni instrucción. Por lo tanto, no es posible juzgarlas por lo que han hecho en el pasado. Nada indica que sea inferiores al hombre. La anatomía revela diferencias pero ninguna de ellas de privilegio para el hombre y Poulaine de la Barre, reclama una sólida instrucción para la mujer” (32).

En el siglo XVIII Rousseau, consagra a la mujer para el matrimonio y para la maternidad (33), más sin embargo Voltaire, denuncia la injusticia de su suerte y Diderot considera que la inferioridad femenina ha sido hecha por la sociedad; Montesquieu estima, paradójicamente, que la mujer decía estar subordinada al hombre y a la vida del hogar, pero que todo la dispone para la acción política.

Condorcet opina: “se ha dicho que las mujeres... carecían de sentido de justicia, y que obedecían más a sus sentimientos que a su conciencia... (pero) esa diferencia ha sido causada por la educación y la exigencia social, no por la naturaleza”. Y dice enseguida “Cuando más sometidas han sido por las leyes, más peligroso ha sido su imperio...este disminuiría si las mujeres tuvieran menos interés en conservarlo, si dejáse de ser para ellas el único medio de defenderse y escapar a la opresión”(34).

2.7 Edad Moderna

La edad moderna comienza con el advenimiento de la industrialización y arruina la propiedad raiz, se proclama la emancipación de las clases trabajadoras, y correlativamente, la de la mujer. Aparece el socialismo y arranca a la mujer de su familia por el trabajo y favorece a su liberación “económica”.

A partir de los socialismos utópicos de Saint-Simón y Fourier Caber, estos no la consideraban en su persona, sino en su función amorosa. Aparecen en esa época periódicos y revistas que reclaman una reivindicación femenina pero aún

con peticiones tímidas, reclaman para la mujer la educación antes que su emancipación. Pero su causa se ve desacreditada por las teorías que conceden a la mujer sentimientos e intuición y no razón, y que en vez de asimilarlas al hombre la oponen a él. También se ve desacreditado ese movimiento feminista por la torpeza de sus partidarias.

Con el brusco impulso de la industria se reclama una mano de obra es considerable que la que proveen los trabajadores; se hace necesaria la colaboración de las mujeres. En el siglo XIX la suerte de la mujer cambia y se inicia para ella un cambio importante, Marx y Engels, miden todo su alcance y prometen una liberación incluida en la del proletario. Según Bebel "La mujer y el trabajador tienen en común su condición de oprimidos"(35).

Trabajador y mujer escapan juntos de la opresión gracias a la importancia que adquiere el trabajo productor a través de la evolución técnica, Engels muestra que la suerte de la mujer se encuentra estrechamente ligada a la historia de la propiedad privada; una catástrofe ha hecho que el régimen de derecho maternal sea sustituido por el patriarcado, y ha sometido a la mujer al matrimonio, pero la revolución industrial es la contra-partida de una decadencia y logrará la emancipación femenina.

Escribe Engels "La mujer no podrá ser emancipada al no tomar parte en gran medida social en la producción y sólo vuelve a ser reclamada en medida insignificante por el trabajo doméstico. Y esto no ha sido posible sino en la gran industria moderna, que no sólo admite en gran escala el trabajo de la mujer, sino que lo exige formalmente"(36).

A comienzos del siglo XIX, la mujer es explotada más vergonzosamente que los trabajadores. Puesto que su trabajo es menos remunerable que el de el hombre, su situación es desastrosa, por lo que las "Asociaciones" femeninas datan de 1848 y en sus inicios son asociaciones de producción. Este movimiento progresa con extrema lentitud.

Hay que señalar, además, que la mujer busca emanciparse por medio del trabajo en una sociedad en la cual subsiste la comunidad conyugal. Llegada al

hogar de su padre o de su marido, se contenta por lo general con aportar algo extra al hogar; trabaja fuera de la familia, pero para la familia y puesto que no puede sufragar la totalidad de sus necesidades, se ve obligada a aceptar una remuneración muy inferior a la que exige el hombre y en consecuencia la totalidad del salario femenino se ve alienado.

A la vez, en el siglo XIX la mujer se ha liberado de la naturaleza y conquistado el dominio de su cuerpo. Substraída en gran parte de la servidumbre de la reproducción podrá asumir el papel económico que se propone y que le asegurará la conquista de toda su personalidad.

La convergencia de estos dos factores, la participación en la producción y la libertad de la esclavitud de la reproducción, explica la evolución de la condición de la mujer.

En 1867 Stuart Mill, en el parlamento inglés hace el primer legado formal en favor del voto femenino y reclama la igualdad de los sexos, diciendo: "Estoy convencido de que las relaciones sociales entre los dos sexos, que subordinan el uno al otro en nombre de la ley, son males en sí mismo y constituyen uno de los principales obstáculos que se oponen al progreso de la humanidad, y estoy igualmente convencido de que se debe dejar lugar a una igualdad perfecta" (37).

Y para 1892 se reunió el llamado congreso feminista, del cual no surgió nada importante.

En Francia en 1884 se establece el divorcio, y la mujer lo puede obtener si el marido comete adulterio, sin embargo, en materia penal se mantiene la diferencia de sexos, el adulterio sólo es delito si lo comete la mujer. El derecho de tutela acordado con restricciones en 1907 no se conquista plenamente hasta 1917. En 1912 se autoriza la indagación de la paternidad natural. Hasta 1938 y 1942 se modifica el estatuto de la mujer casada; entonces se aboga el deber de obediencia, aunque el padre siga siendo el jefe de la familia y quien establece el dominio, la mujer puede oponerse a su elección si aporta razones valederas. También aumenta las capacidades de la mujer, pero con una confusa fórmula:

“La mujer casada tiene plena capacidad de derecho. Esa capacidad sólo es limitada por el contrato del matrimonio y por la ley” (38). La igualdad conyugal no se ha realizado todavía.

2.8 Época Contemporánea

Actualmente la mujer que busca su independencia en el trabajo tiene mucho menos oportunidades que sus competidores masculinos. En muchos oficios, su salario es inferior al de los hombres, sus tareas son menos especializadas y por lo tanto, no tan bien pagadas como las de los obreros calificados. La circunstancia de que es una recién llegada al universo de los hombres le da menos posibilidades de éxito. Tanto a los hombres como a las mujeres les repugna igualmente trabajar bajo las órdenes de una mujer, y siempre demuestran tener más confianza en un hombre; si ser mujer no es una tara, es, al menos una singularidad. A una mujer le es útil asegurarse el apoyo masculino. Los hombres que ocupan los lugares más prominentes son los que asignan los puestos más importantes. Es esencial subrayar que los hombres y las mujeres constituyen económicamente dos castas. Aunque ontológicamente o antropológicamente no hay diferencias, en la realidad pesa más las diferencias económicas y sociales que la ontológica o antropológica, esa es la trampa.

El hecho que rige la condición actual de la mujer es la obstinada supervivencia de las tradiciones más antiguas. En la nueva civilización que empieza a esbozarse, se estima que la mujer es inferior a las oportunidades que se ofrecen hoy día o que sólo son capaces de ver tentaciones peligrosas en esas oportunidades. La verdad es que su situación carece de equilibrio, y por esa razón le es muy difícil adaptarse.

Se abren a las mujeres las fábricas, las oficinas y las facultades, pero se sigue considerando que el matrimonio es para ellas una de las carreras más honorables, que las dispensan de otra participación en la vida colectiva. Del mismo modo que las civilizaciones primitivas, el acto amoroso es en la mujer un servicio que tiene el derecho de hacerse pagar más o menos directamente. Excepto en la

URSS, en todos los países la mujer moderna puede considerar su cuerpo como un capital de explotación. La prostitución es tolerada y la galantería estimulada. La mujer casada tiene autorización para hacerse mantener por el marido, además de lo cual ésta está revestida de una dignidad social muy superior a la de la soltera. Las costumbres están muy lejos de otorgar a ésta última posibilidades sexuales equivalentes a las del soltero varón: la maternidad, en particular, les está casi prohibida, pues la madre soltera es objeto de escándalo. Todo estimula a una joven a esperar al príncipe encantado, la fortuna y a la dicha antes que intentar sola su difícil e incierta conquista. En particular, gracias a él puede esperar el acceso a una casta superior a la suya, milagro que no recompensará el trabajo de toda su vida. Pero tal esperanza es nefasta, porque divide sus fuerzas y sus intereses, y tal vez sea esa división la desventaja más grave que sufre la mujer. Los padres educan aún a sus hijas con vistas al matrimonio, en vez de favorecer su desarrollo personal, y ellas terminan por verle tantas ventaldas que concluyen por desearlo. Todo esto propicia que a menudo son menos especializadas y sólidamente formadas que sus hermanos, pues se entregan menos totalmente a su profesión, respecto de lo cual se dedican a ser inferiores, y así se cierra el círculo vicioso, pues esa inferioridad refuerza el deseo de encontrar un marido.

Todo beneficio supone una carga, pero si la carga es demasiado pesada el beneficio se convierte en servidumbre. Para la mayoría de los trabajadores el trabajo es hoy día, un yugo, y para la mujer que no haya conquistado una concreta dignidad social con la congruente autonomía económica y liberal de costumbres, no ha compensado el esfuerzo de un trabajo pesado, por lo que es natural que muchos obreros y empleados no vean en el derecho al trabajo más que una obligación, de la cual, creen que las liberará del matrimonio. Sin embargo el hecho de que haya tomado conciencia de sí y que puede liberarse también del matrimonio por medio del trabajo, determinan que la mujer tampoco acepte dócilmente su sujeción. Lo que ella pretende es que entre la vida familiar y el desempeño de un oficio no haya el abismo que la obliga a acrobacias agotadoras para valuarlo. Aun en ese caso, en tanto subsisten las tentaciones de alcanzar una "dignidad económica" a través del derecho reconocido de venderse a un hombre con privilegios económicos ésta necesitará un esfuerzo moral mucho más grande que el del hombre en la elección del camino de la independencia.

No se ha comprendido bastante que la tentación es también un obstáculo y quizá uno de los más peligrosos. Aquí la mujer acepta una mitificación, porque de hecho habrá una ganadora sobre miles en la lotería del hermoso matrimonio. La época actual invita a las mujeres al trabajo, y hasta las obliga, pero hace brillar delante de sus ojos un paraíso de ociosidad y delicias que coloca a las elegidas muy por encima de quienes permanecen adheridas a este mundo terrestre. Esta es la tentación.

El privilegio económico de los hombres, su valor social el prestigio del matrimonio y la utilidad de un apoyo masculino comprometen a las mujeres a desear ardientemente el agrandar a los hombres. En conjunto, todavía se encuentran en situación dependientes. Se sigue de ello que las mujeres se conocen y eligen no en cuanto ellas existan para ellos sino tal cual los hombres las definen. Por tanto, antes necesitamos describirlas como los hombres las sueñan, porque "su ser para los hombres es uno de los factores esenciales de sus condición concreta" (39).

Notas

- (1) Simone de Beauvoir El Segundo Sexo. Tomo 1, los hechos y los mitos Ed. Siglo Veinte pag. 87.
- (2) Ibid. p. 88.
- (3) Ibid. p. 88.
- (4) Ibid. p. 88.
- (5) Cfr. Jean Paul Sartre, El Existencialismo es un Humanismo... "Hay un porvenir por hacer, un porvenir virgen que lo espera"... p. 41.
- (6) Simone de Beauvoir "El Segundo Sexo" Tomo 1, Ed. Siglo Veinte p. 101 - El amor para Simone de Beauvoir es compromiso de una libertad S.B-El existencialismo y la sabiduría popular" Ed. Leviatán, p. 21.
- (7) Ibid. p. 101.
- (8) Ibid. p. 102.
- (9) Ibid, p. 104. Todas las leyes han contribuido al prejuicio femenino.
- (10) Ibid, p. 111.
- (11) Ibid. p. 112.
- (12) Ibid. p. 114.
- (13) Ibid, p. 114.
- (14) Ibid. p. 115.
- (15) Ibid. p. 115.
- (16) Ibid. p. 115.
- (17) Ibid. p. 115.
- (18) Emancipación para Simone de Beauvoir, La Plenitud de la Vida, p. 398 Ed. Narrativas Contemporaneas ADHASA.
- (19) Ibid, p. 215.
- (20) Ibid. p. 121.
- (21) Ibid p. 115.
- (22) Ibid. p. 121.
- (23) Ibid. p. 121.
- (24) Ibid. p. 132.
- (25) "Un querellante es alguien que ha sufrido un daño y que dispone de los medios para probarlo. Se convierte en una víctima si pierde esos medios, o se convierte en una sin razón. Sin razón sería "un daño acompañado por la

pérdida de los medios de presentar la prueba del daño. Ese es el caso como si la víctima queda privada de la vida o de todas las libertades o de la libertad de hacer públicas sus ideas o sus opiniones o simplemente la proposición del testimonio está ella misma privada de autoridad. En todos estos casos, a la privación que constituye el daño se agrega la imposibilidad de ponerlo en conocimiento de los demás, especialmente de un tribunal.

Jean Francois Lyotard, "La Diferencia", Ed, gedisa, pp. 20-21

(26) Ibid. p. 136.

(27) Es una tesis de Simone de Beauvoir, La Liberación Femenina comienza con La emancipación económica en su obra La Plenitud de la Vida. Ed. EDHASA. pág. 398.

(28) Ibid, p. 138

(29) Ibid, p. 189

(30) Ibid, p. 189

(31) vid. Simone de Beauvoir, La Plenitud de la Vida, Ed. Edhasa. pág. 398.

(32) Ibid, p.139.

(33) Ibid. p.139.

(34) Ibid. p.142. Aun persiste en nuestros días esta concepción de la mujer.

(35) Ibid, p.150.

(36) Ibid, p.151.

(37) Ibid. p.159.

(38) Ibid. p.169.

(39) Ibid. p.178.

FALTA PAGINA

No. 56

CAPITULO III

EL PORQUE DEL PAPEL RELATIVO DE LA MUJER EN LA HISTORIA

Después de este breve resumen histórico de la condición femenina, es válido y lógico, preguntar ¿Y qué con esto? ¿qué nos enseña la historia de la mujer? ¿qué pretende Simone de Beauvoir demostrar en este capítulo?

Simone de Beauvoir trata de mostrarnos que la mujer siempre ha tenido la condición de “ser relativo”, que siempre ha sido un “ser secundario”; ahora cabe preguntar: ¿por qué ha sido así? ¿a qué se debe? Simone centra toda su atención en dos aspectos:

El primero es su condición o base fisiológica, ¿qué quiere decir con esto? Quiere decir que el destino de la mujer está condicionado al significado que ha tenido el hijo para el hombre a lo largo de la historia.

La fecundidad femenina se ha tomado como la única razón de la existencia de la mujer; en el mundo, esa es la esencia femenina, esa es la naturaleza de su ser.

Simone de Beauvoir nos dice: “Lo que distingue mi tesis de las tesis tradicionales es que según yo, la femineidad no es una esencia ni una naturaleza: es una situación creada por la civilización a partir de ciertas bases fisiológicas”(40).

Recordemos que Simone forma parte del movimiento existencialista; más concretamente, apoya, defiende y difunde las teorías filosóficas del existencialismo sartreano, el cual se funda en la creencia de que no hay una naturaleza humana (41). Como lo dice Sartre en “En existencialismo es un humanismo”, y Simone lo sostiene en su libro “El existencialismo y la Sabiduría popular”(42).

Por otra parte, tampoco hay esencia humana, porque si la hubiera el hombre estaría determinado y Sartre y Simone sostienen que “El hombre se hace según como se proyecte ser”(43). Por lo tanto, la mujer no tiene naturaleza ni esencia al igual que el hombre, pero la historia se ha encargado de predestinar y destinar a la mujer, a la función reproductora y, esto ha causado el segundo aspecto que ha contribuido al desfavorecimiento de la condición femenina: la dependencia.

Como la mujer ha sido destinada a los hijos y al hogar puesto que el hijo requiere de atención-tiempo, la mujer se ha visto exenta de otras labores y trabajos humanos, el trabajo es el producto humano que permite al hombre desarrollar su creatividad para transformar al mundo. De su mundo, del mundo del hombre y a la mujer sólo le toca una labor en el mundo humano, la del hijo; pero pregunto: ¿Porqué si la mujer es un ser tan secundario relativo, le dejan el cuidado y la educación del ser humano y al hombre la elaboración del mundo?

El hombre hace al mundo y la mujer hace a los hombres. La mujer está exenta de esa creación del mundo y sin embargo, crea a los creadores del mundo (entendiendo mundo humano), aquí es donde se encuentra el desequilibrio humano. la mujer se encuentra en una situación de enriquecimiento y disminución a la vez.

La historia le ha otorgado a la mujer un ser-para los-hombres, esa es la condición concreta de la mujer, y esta situación se debe a su historia. Aquí cabe preguntar ¿cómo comienza la historia?

El hombre desde el momento en que deja su conciencia mítica entendiendo como consciencia mítica “un estado paradisíaco anterior a la caída en el pecado de pensar” (44) comienza la historia. La prehistoria es la etapa mítica del hombre, con ésto no quiero decir que esta etapa no es histórica, solo la divido por efectos de una mejor comprensión, como tampoco quiero decir que después de la prehistoria, o sea la historia, se nos hayan acabado los mitos. A lo que me refiero es que la historia que nos ha determinado hasta nuestros días es la que comienza con la etapa del pensar y la de tratar de dar razón de las razones de las cosas.

Cuando el Mythos es superado por el Logos, se produce “el desencadenamiento del mundo” (recuérdese que en la etapa mítica, la mujer era admirada y temida, era identificada como parte del ministerio que guarda la naturaleza).

Pero pronto se superó el Mythos y se descubre el Logos, con lo cual los hombre se autorizan para decir lo que son las cosas. Se descubren como autoridad humana.

Pero veamos qué es la autoridad. La autoridad humana es un atributo de persona a persona, es decir, que los hombres se descubren como seres capaces de conocer, y este atributo de autoridad humana, se los dan los hombres a los hombres.

Pero la autoridad que se les da a las personas es un acto de reconocimiento y de conocimiento, se dice: "Se reconoce que el otro está por encima de uno en juicio y perspectiva y que en consecuencia su juicio es preferente y obtiene primacía respecto al propio"(45)...

"La verdadera autoridad no tiene nada que ver con la obediencia sino con el conocimiento, se tiene autoridad porque se sabe más"(46).

Con todo lo anterior dicho cabe preguntar ¿a quiénes la sociedad les ha otorgado esa autoridad? O mejor dicho, ¿quiénes se han adjudicado esa autoridad? En este capítulo hemos mencionado algunos de ellos como por ejemplo Aristóteles, Arquíloco, Menandro, entre otros. Ya hemos visto lo que ha dicho de la mujer, y en general son los hombres los que se han adjudicado la autoridad de decir lo que son las cosas y con ello lo que es la mujer.

¿Qué importa aquí la autoridad? ¿qué problema hay con la autoridad? nada más, ni nada menos, que la autoridad es la fuente y fundamento de la tradición y, la tradición es el fundamento de la historia.

La autoridad es la fuente de todos los prejuicios. Y habiendo sido el hombre la autoridad, no esta exento de prejuicios. ¿Qué entendemos por prejuicios?:

a) PREJUICIO. Def.: Juicio no fundamentado. Los prejuicios emitidos por los misógenos acerca de la mujer, difícilmente podrán fundamentarlos puesto que una antología seria no podría darles elementos para validar su juicio negativo y desventajoso hacia la mujer, porque compartimos, la misma esencia, la misma naturaleza humana. Hombres y mujeres hacemos juntos lo que hemos llamado el ser humano.

b)PREJUICIO.Def.: No significa en modo alguno juicio falso, sino que está en su concepto el que pueda ser valorado positivamente o negativamente(47).

Con esta nueva versión del concepto prejuicio podemos decir que lo que se ha dicho de la mujer, es un prejuicio porque aún falta mucho por descubrir de la mujer y del hombre y, el tiempo nos dirá si aquéllo que se ha destacado de la mujer como negativo, ha sido tan negativo. Y aquéllo positivo, ha sido tan positivo. El tiempo lo dirá...

c)PREJUICIO. En francés. Def.: Significa desventaja o daño. Este es el sentido que le da Simone cuando habla del prejuicio femenino, en la tesis que sostiene a lo largo de su capítulo de la historia en el "Segundo sexo" tomo II: El hombre ha prejudiciado a la mujer para poder dominarla, para ponerla en desventaja ante él y así imponer su autoridad. Recordemos lo que nos dice el padre de Simone en el capítulo I de este trabajo (pág. 10) "La mujer es lo que su marido hace de ella, es él quien debe formarla. "El hombre no reconocía en la mujer a un semejante porque ella no participaba de su manera de trabajar y pensar (48). Son uno de los tantos ejemplos que nos da Simone, a lo largo de sus obras para hacernos más patente el prejuicio que la mujer ha sufrido a lo largo de la historia; es así como ella ha entendido el prejuicio, desventaja y daño.

d) PREJUICIO. Def.: Un juicio que se formula antes de la convalidación definitiva de todos los momentos que son objetivamente determinantes (49).

Si entendemos así el prejuicio, entonces tenemos que lo se ha dicho de la mujer aún no es, ni del todo válido ni del todo verdadero puesto que aún no se convalidan en su totalidad todos los momentos, aún existimos, aún no desaparecemos, falta mucho por vivir, conocer, ver y decir acerca de la mujer, acerca del hombre, del humano. del NOSOTROS.

Con estos cuatro ejemplos de concepto de prejuicio, todos ellos diversos, aun cuando tienen algo en común, ninguno es juicio verdadero aún, por lo que un prejuicio siempre será prejuicio, y sólo eso; así no podremos fiarnos de ellos y tomarlos como juicios cuando aún no lo son.

Dice Aristóteles que el juicio es la sede de la verdad o falsedad, por lo que aún no se ha dicho todo lo cierto o todo lo falso con respecto a la mujer. Para hacer un juicio, ya sea falso o verdadero, es necesario decir lo que es la mujer, o lo que no es y para esto es necesario hacer una ontología femenina que al parecer no es posible, o hacer una muy seria fenomenología de lo femenino y entonces, ¿por qué no? hacer juicios con más fundamentos.

Por otro lado, nadie tiene la verdad absoluta, nuestras autoridades humanas, siendo humanas, no están exentas de caer en estos prejuicios, y aún atreviéndome a decirlo el ser humano no está exento de ellos; es parte de su naturaleza puesto que el ser humano es un ignorante de su ser, es un buscador del ser, podríamos decir. Siguiendo a Heidegger, es un ser que quiere develar al ser.

Aún algunos cuantos, quieren desentrañar los misterios del ser, de ser, por lo que aun no podemos dar la última palabra sobre el ser humano; mucho menos el de la mujer en específico.

De esta manera, hemos caído en una trampa, hemos creído que los juicios emitidos por la autoridad eran verdaderos que y aún más, algunos hombres que gozaban de "autoridad" y prestigio, fijaron por escrito sus prejuicios sobre la mujer como lo hemos visto en este capítulo.

La fijación por escrito contiene en sí misma un momento de autoridad que tiene siempre mucho peso, lo escrito tiene la estabilidad de una referencia, es una pieza de demostración. Hace falta un esfuerzo crítico muy grande para liberarse del prejuicio generalizado a favor de lo escrito y distinguir también en ello, como en cualquier afirmación oral, lo que es opinión, de lo que es verdad. "Lo que está escrito no necesita ser verdadero" (50).

"La única posibilidad de que la tradición sea verdadera depende del crédito que le conceda la razón..." "La fuente última de la autoridad no es ya la tradición si no la razón" (51). Esto sería una solución del problema de la mujer y el hombre; considero que este problema femenino que estamos destacando en esta tesis, no es un problema sólo de la mujer, esto trasciende y afecta al hombre también y,

por ende, las relaciones interpersonales, convirtiendo así, la relación de pareja, en un forcejeo indigno del género humano que se jacta de ser racional. En el momento en que recuperamos ambos nuestra dignidad de seres humanos podrá caber el amor que tanto buscamos, ese amor desinteresado que no lucha contra el otro, sino para y por el otro.

Todo esto, no podrá ser posible en tanto la tradición sea la autoridad. Dice Gadamer "Lo consagrado por la tradición y por el pasado posee una autoridad que se ha hecho anónima; nuestro ser histórico y finito está determinado por el hecho que la autoridad de lo transmitido, y no sólo lo que se acepta razonablemente, tiene poder sobre nuestra acción y sobre nuestro comportamiento" (52). Y si a esto le agregamos que nuestro comportamiento es modelado por la educación y la educación es la transmisión de la tradición, nos encontramos atrapados en la tradición y en el pasado.

Aún cuando la educación "tutela" pierde su función con la llegada a la madurez, momento en que las propias perspectivas y decisiones se asumen finalmente, y la autoridad del educador cesa, este acceso a la madurez biológica no implica en modo alguno, que uno se vuelva señor de sí mismo, en el sentido de haberse librado de toda tradición y de todo dominio del pasado; aún más cuando provenimos de una educación clásica, tradicionalista.

Nos dice Gadamer "la tradición es esencialmente conservación, y como tal nunca deja de estar presente en los cambios históricos" (53). Es una voz del pasado que resuena en el presente.

Como ya hemos visto la autoridad es la fuente de la tradición, la tradición es a su vez la esencia de la historia y ésta es la que determina nuestro presente.

Al parecer la mujer está atrapada en la historia y, la única solución es la de limpiarla de prejuicios que le han obstaculizado su desarrollo como persona y recuperar su dignidad de ser humano.

En el capítulo siguiente de este trabajo de tesis, se pretende mostrar cómo esta historia que llevamos pesadamente sobre nuestros hombros nos ha afectado hasta nuestros días.

Notas

- (40) Vid. Simone de Beauvoir. "La Plenitud de la Vida." Ed. Edhasa p. 397.
- (41) Vid. Jean Paul Sartre. "El existencialismo en un humanismo". Ed. Quinto sol p. 41.
- (42) Vid. Simone de Beauvoir. "El existencialismo y la sabiduría Popular" Ed. Leviatán p. 10.
- (43) Cf. Las Obras arriba citadas
- (44) Gadamer, Hans Georg. "verdad y método". Ed. Sigene, p. 341.
- (45) Ibid, p. 347.
- (46) Ibid, p. 347
- (47) Ibid. p. 437
- (48) S. de Beauvoir. "El segundo sexo". Tomo 1 p. 101.
- (49) Gadamer. "Verdad y Método". P. 338.
- (50) Gadamer. "Verdad y Método". p. 339.
- (51) Ibid p. 339.
- (52) Ibid. p. 349.
- (53) Ibid. p. 349.

FALTA PAGINA

No. 64

CAPITULO IV

OBSTACULOS Y LIMITACIONES PARA LA LIBERTAD

Simone de Beauvoir, nos plantea diversas formas o caminos en los que la mujer puede encontrar obstáculos y limitaciones para su libertad. Simone inicia diciéndonos que la mujer ha superado en gran parte la distancia que la separa del hombre por medio del trabajo(1). El único que puede garantizar una libertad concreta. En el momento en que deja de ser un parásito, el sistema fundado sobre su independencia se derrumba; entre ella y el universo ya no resulta necesario un mediador masculino.

“La maldición que pesa sobre la mujer vasalla consiste en que no se le permite actuar, por lo que se obsesiona en la imposible persecución de ser a través del narcisismo del amor y la religión. Por otro lado, no ha sido en la actualidad modificada profundamente la sociedad, y por otra parte, las tareas que cumple la mujer fuera del hogar no la dispensan de los servicios que debe prestar en éste. La mayoría de las mujeres que trabajan no se evaden del tradicional mundo femenino pues no reciben de la sociedad ni de sus maridos, la ayuda que les sería necesaria para convertirse concretamente en las iguales de los hombres(2).

Unicamente las mujeres que tienen confianza en el porvenir, pueden dar un sentido a las fatigas cotidianas pero privadas de comodidades y herederas de una tradición de sumisión, es lógico que las mujeres ahora empiecen a desarrollar un sentido político y social. Por consecuencia,- resulta normal que al no recibir por su trabajo los beneficios morales y sociales que es su derecho obtener, soporten sin entusiasmo las dificultades y molestias. Se comprende entonces que la pequeña modista, empleada o secretaria, no requieran renunciar a las ventajas de un apoyo masculino, ya se ha dicho que, “la existencia de una casta privilegiada, a la cuál sólo puede pretender por medio de la entrega de su cuerpo, es para muchas jóvenes una tentación casi irresistible, la destinan a la galantería sus salarios son mínimos en tanto la sociedad le exige un nivel de vida muy alto”(3). Si se contenta con lo que ha ganado, no será otra cosa que una paria: mal alojada y mal vestida, todas las distracciones del amor mismo le serán negadas. Las personas virtuosas

le predicarán el ascetismo; en realidad, su régimen alimenticio es a menudo tan austero como el de una carmelita pero no todo el mundo puede tomar a Dios por amante, por lo que es necesario que agrade a los hombres para triunfar en su lucha por la vida y obtener así una ayuda casi impuesta, a veces, esa ayuda le permite mejorar su situación y conquistar una verdadera independencia, otras, por el contrario, abandonan su oficio para hacerse mantener. Muy a menudo acumulan situaciones: se liberan de su amante por medio del trabajo y se evaden de su trabajo gracias al amante; pero también conocen la doble servidumbre de su oficio y de una protección masculina.

Para la mujer casada, el salario sólo representa en general un complemento; para la mujer que se hace ayudar la ayuda masculina se presenta como algo esencial; pero ni una ni otra adquiere por su esfuerzo personal una total independencia.

3.1 La mujer profesionista

Sin embargo, existe un gran número de privilegiadas que encuentran en su profesión una autonomía económica y social; son ellas las que crean nuestras dudas cuando nos interrogamos acerca de las posibilidades de la mujer y su porvenir.

“Es verdad que nada autoriza a decir que van por mal camino, y sin embargo, es cierto que no se encuentran tranquilamente instaladas en su nueva condición, pues sólo están a mitad del camino(4)”

La mujer se libera económicamente del hombre no esta situada ni moral, ni social, ni psicológicamente en el nivel de él. El modo en que se liga a su profesión y se consagra a ella depende de la estructura, constituye la actitud global de su vida. Cuando encara su vida de adulto esta mujer no tiene tras de sí el mismo pasado que el varón, no es vista por la sociedad con los mismos ojos, el universo se le presenta bajo una perspectiva distinta.

3.2 La mujer de hoy

El hecho de ser mujer plantea hoy a un ser humano autónomo una serie de problemas singulares. A la mujer hoy en día se le sigue exigiendo el logro de su total femineidad, que constituya un objeto y una empresa, es decir, que renuncie a sus reivindicaciones de sujeto soberano. Este es el conflicto que caracteriza especialmente la situación de la mujer superada que se niega a verse reducida a su papel de-hembra, pues no quiere mutilarse; aunque también sería una mutilación repudiar su sexo. El hombre es un ser humano sexuado. La mujer es un individuo completo y al igual que el hombre, es también un ser sexuado.

Para la mujer renunciar a su femineidad es renunciar a una parte de su humanidad. “Los misóginos han reprochado a las mujeres intelectuales que se abandonen, pero también les han predicado: si queréis ser nuestras iguales, dejad de pintaros la cara y arreglaros las uñas”(5). Este último consejo es absurdo.

Puesto que la idea de femineidad se impone desde afuera a cada mujer, precisamente por que es definida de un modo artificial por los vestidos y la moda; ella puede evolucionar de manera que sus cánones se acerquen a los adoptados por los machos. El Individuo no es libre de moldearse a su gusto. La mujer que no se conforma se desvaloriza sexualmente, y por lo tanto socialmente. Pues la sociedad ha integrado los valores sexuales. Al rechazar los atributos femeninos no se adquiere atributos viriles, incluso la “invertida” no logra hacer de sí misma un hombre. Es una invertida; la neutralidad es imposible, hablando concretamente de la invertida y del homosexual.

La mujer cree a menudo que puede despreciar las convenciones sociales, pero también así se manifiesta pues crea una situación nueva que entraña consecuencias que debe asumir. En el momento en que se sustrae a un código establecido, se convierte en una rebelde. Una mujer que se viste de manera extravagante miente cuando afirma-con aire de simplicidad- que hace su gusto, o algo parecido: sabe perfectamente que dar curso a su gusto es una extravagancia y que lo hace por llamar la atención. A la inversa la que no desea representar el papel de excéntrica se conforma con las reglas comunes. La mujer que no desea llamar la atención, que no quiere desvalorizarse socialmente, debe vivir en mujer

su condición de mujer, y muy a menudo su éxito profesional se lo exige. Al hombre nadie le exige ni espera que sea más de lo que él mismo es, la mujer, por el contrario, sabe que cuando la miran no la distinguen de su apariencia, la juzgan, respetan y desean a través de su ropa.

La tradición impone a la mujer, incluso a la soltera, un cierto cuidado de su vida privada; no es sólo el temor a la opinión pública lo que la inclina a consagrar tiempo y cuidado a su belleza y aspecto. Desea ser una verdadera mujer para su propia satisfacción, por otro lado, su madre y sus mayores le han inculcado el gusto por la casa, dócil a esta tradición femenina, encera los pisos y hará la comida en vez de ir, como su colega masculino, a comer al restorán, quiere vivir como hombre y como mujer al mismo tiempo por eso multiplica sus fatigas.

Si espera permanecer del todo femenina, es porque también enfrenta al otro sexo con el máximo de posibilidades. Pero los problemas más difíciles quedarán planteados en el campo sexual.

El hecho de realizar una actividad autónoma contradice su femineidad y ella lo sabe.

“Si aceptase amar a un semejante en vez de una esclava como lo hace aquéllos que están libres de arrogancia y de complejos de inferioridad, las mujeres se sentirían mucho menos acosadas por el cuidado de su femineidad, se volverían más naturales, más sencillas, y se encontrarían mujeres sin tantos desvelos, porque, después de todo, es lo que somos”(6).

Es aún mucho más difícil para la mujer que para el hombre establecer con el otro sexo las relaciones deseadas, vida erótica y sentimental encuentran más obstáculos. En este punto la mujer vasalla no goza de ningún privilegio sexualmente y sentimentalmente, la mayoría de las esposas y cortesanas se encuentran radicalmente frustradas. Las dificultades son más claras en el caso de la mujer independiente porque ésta no ha elegido la resignación, sino la lucha.

La mujer que se afana, que tiene responsabilidades y conoce la dureza de

la lucha contra la resistencia del mundo, tiene necesidad, como el varón, no solamente de saciar sus deseos físicos, sino también, de conocer la paz y la diversión que aportan las fáciles aventuras sexuales. Sin embargo esa liberación no se le es concretamente reconocida. Se arriesga, si hace uso de ella, a comprometer su reputación y su carrera y se le exige, al menos una hipocresía que le pesa.

Cuanto más grande sea su triunfo al imponerse socialmente, más cerrará los ojos al mundo, sin embargo no olvidemos que en algunos lugares como la provincia es juzgada severamente en la mayoría de los casos. Incluso en las circunstancias más favorables cuando el temor de la opinión pública nada significa, su situación no equivale a la del hombre. Las diferencias provienen a la vez de la tradición y de los problemas que plantea la naturaleza social del erotismo femenino.

El hombre puede conocer fácilmente abrazos sin mañanas suficientes para calmar su carne sin crearle cargas morales. Muy fácil de ser humillada por su susceptibilidad la mujer es también más lúcida; sólo logrará engañarse mediante una mala fe muy artera. Compararse con el hombre, suponiendo que tenga los medios, no le parecerá nunca satisfactorio.

Por otro lado para las mujeres como también para el hombre, no se trata de saciar sus deseos, sino al socializarles, mantener su dignidad de ser humano.

Dice Colette que la mujer, "se precipita hacia el reducido y obscuro reino donde su orgullo puede creer que la súplica es la confirmación de la desesperación y donde las pordioseras de su especie se emborrachan con la ilusión de la libertad"(7).

"Es verdad, que salvo en el caso de una violación, nadie toma a nadie. Se confunde muy a menudo que la mujer libre es una mujer fácil, ya que la idea de facilidad implica una ausencia de resistencia y control, una falta y es la negación misma de la libertad"(8).

Las mujeres que se acuestan con los hombre que aprovechan sus favores, quedan paralizadas porque tienen horror a las represiones que suscitarán y de los chismes consiguientes.

La relación con su compañero enfrenta dificultades concretas ya que la opinión pública se encarna en él. Muy a menudo, él considera, ese hecho como el terreno donde afirma su agresiva superioridad. Quiere tomar y no recibir; no intercambiar sino maravillar. Busca poseer a la mujer más allá de lo que ésta le entrega. Le exige que su consentimiento sea una derrota, y que las palabras que ella murmura sean los suspiros que él le arranca. Quiere que acepte su placer como un reconocimiento de su esclavitud.

3-3 Masoquismo femenino

Hay una camino que parece mucho menos espinoso para la mujer; es el masoquismo, mientras durante el día hay que trabajar, luchar y asumir responsabilidades y riesgos, resulta un verdadero descanso abandonarse de noche a caprichos poderosos, Amorosa e inocente, la mujer se complace en aniquilarse muy a menudo en beneficio de una voluntad tiránica. Pero aún es necesario que se sienta verdaderamente dominada. No le resulta fácil a quien vive el día entero entre hombres caer en la incondicional superioridad del hombre.

La naturaleza del erotismo femenino, y las dificultades de una libre vida sexual, incitan a la mujer a la monogamia. Sin embargo una relación o el matrimonio se concilian mucho más difícilmente con una carrera para ella que para el hombre, puesto que puede suceder que el amante o el marido le pida que renuncie a su profesión. Si cede, nace un nuevo vasallo; si se niega se condena a una soledad sin encanto. Se postula entonces que la vida en común de dos seres libres es para ambos un enriquecimiento, y en las ocupaciones del otro cada uno encuentra el estímulo de su propia independencia. La mujer que se basta a sí misma logra salvar a su marido de la esclavitud conyugal, y eso significa su propio rescate. Si el hombre es de una escrupulosa buena voluntad: amantes y esposos, llega, a partir de una generosidad sin exigencias a una perfecta igualdad.

Al hombre le resulta natural que sea ella quien tenga a su cargo la casa y asegure el cuidado y la educación de los hijos. La mujer considera que al casarse asume cargas de las cuales su vida personal no puede dispensarla. Ella no quiere

que su marido se vea privado de las ventajas que hubiera encontrado al asociarse con una “verdadera mujer”, quiere ser elegante, buena ama de casa y madre devota. Es una tarea que se vuelve fácilmente agobiadora; y que asume tanto por su compañero como por su fidelidad a sí misma pues su objetivo es triunfar en su destino de mujer. Y será para su marido un doble al mismo tiempo que ella misma. Se hará cargo de sus preocupaciones y participará en sus triunfos en la misma medida que se interese por su propia suerte y a veces más. Educa en el respeto de la superioridad— masculina considera aún, tal vez, que a él le corresponde el primer plano. A veces temera que pueda destruir el hogar, atraída por el deseo de triunfar y el de diluirse, se encuentra entonces desgarrada y dividida.

“La mujer que conquista una independencia viril tiene el gran privilegio de relacionarse sexualmente con individuos también autónomos y activos, por lo general, no cumplirán en su vida un papel de parásitos y no le encadenarán con su debilidad ni la exigencia de sus necesidades; en verdad, son muy raras las mujeres que saben crear con su compañero una relación libre, ellas mismas se forjan las cadenas que él no desea cargarles, y adoptan respecto a él la actitud de enamoradas” (9).

Es evidente que para la joven en un ambiente en el que la educación ha influido con la esperanza de encontrar ese héroe liberador y salvador, necesita librarse; para ello necesita ser educada exactamente como varón, para superar fácilmente el narcisismo de la adolescencia femenina; pero ella perpetúa en su vida de adulta el culto del yo, al cual toda su juventud la ha destinado. Sus triunfos profesionales son méritos con los cuales enriquecen su imagen personal, y necesita una mirada proveniente desde lo alto que revele y consagre su valor. Incluso si es severa para con los hombres, a los cuales diariamente está en condiciones de medir, no por eso abandona su sueño de hombre, y si lo encuentra, está pronta para caer de rodillas ante él. Hacerse justicia ante un dios es más fácilmente que justificarse por su propio esfuerzo y el mundo la alimenta a creer en la posibilidad de una salvación, y prefiere creerlo. A veces renuncia por entero a su autonomía, y no es más que una enamorada, a menudo intenta una reconciliación, pero el amor idólatra, el amor abdicador, es devastador. Ocupa todos sus pensamientos, todos los instantes, es obsesivo y tiránico.

En caso de contratiempos profesionales, la mujer busca apasionadamente un refugio en el amor, y sus fracasos se traducen en escenas, y exigencias de las cuales el amante paga las consecuencias. Pero sus penas de amor están lejos de redoblar su celo profesional, por el contrario, por lo general se irrita contra el género de vida que le prohíbe el camino del gran amor.

También aquí, para la mujer amar al estilo del hombre es decir, sin cuestionar su mismo ser en libertad, sería necesario que se pensase su igual y que lo fuese concretamente; sería necesario que se aplicase con la misma decisión a su empresa, y esto, no es frecuente todavía en las mujeres.

3.4 La Maternidad

Hay una función femenina que hoy en día es casi imposible asumir con entera libertad: la maternidad.

En nuestros días la mujer no opta por la maternidad libre, conciente y responsablemente, puesto que se le educa y se le prepara desde la niñez para la maternidad, como su finalidad en el mundo. Muchas veces yo me he preguntado qué tanto, la maternidad es un instinto natural, y que tanto, es aprendido. Se nos ha presentado desde siempre como el fruto más apetitoso que la mujer puede ambicionar. Todo lo que rodea a la mujer la enseña a amar la idea de la maternidad. Muchas veces la mujer desea al hijo como trofeo que otorga por ser mujer, otras, el hijo funciona como válvula de escape para la presión que ejerce la sociedad sobre ella, para que cumpla su función reproductora. La infecundidad femenina voluntaria o involuntaria despierta una cierta agresión; se le exige a la mujer que ejerza su función reproductora que se ha confundido, como su destino.

La sociedad prepara a la mujer para la maternidad pero ¿qué tanto la sociedad se prepara para brindar a la mujer y su hijo un lugar más amistoso y abrigador?

Es preciso añadir que sin casa cuna, y sin jardines de infantes bien organizados, y al alcance de todos, basta un hijo para paralizar del todo la actividad

profesional de la mujer, que sólo puede continuar su trabajo si deja al niño a cargo de sus padres, amigos o sirvientes. Tiene que elegir entre la negación a la maternidad, sentida a menudo como una frustración muy dolorosa, y una realización de obligaciones difícilmente compatibles con el ejercicio de su carrera.

De este modo, la mujer independiente se haya hoy día dividida entre sus intereses personales y las preocupaciones de su vocación sexual. Le cuesta trabajo encontrar un equilibrio y sólo lo asegura al precio de concesiones, sacrificios y acciones extraordinarias, que le exigen perpetua atención. Hay que buscar aquí, mucho más que los datos fisiológicos, la razón de la nerviosidad y fragilidad que se observa muchas veces en ella.

Es difícil decidir en qué medida la constitución física de la mujer supone en sí una ventaja.

3.5 Problemas de la mujer de hoy

La amiga casada o mantenida con comodidad es una tentación para la que debe asegurar por sí sola su triunfo. Esto el hombre lo hace por la imperiosa necesidad; la mujer debe renovar incansablemente su decisión de independencia, y no avanza porque no establece un objetivo ante ella, sino que deja vagar su mirada en torno suyo. Por eso su marcha es tímida y tambaleante, y más aún cuando considera que cuando más avanza, más renuncia a sus otras posibilidades. Al construirse en mujer de pensamiento no gustará a los hombres en general, y humillará a su marido o amante con un triunfo demasiado brillante. Una mujer que ha conquistado su triunfo se esmera más aún por mantenerse elegante y frívola, y frena sus impulsos. La esperanza de liberarse algún día de la inquietud mediante su propio esfuerzo y el temor de tener que renunciar a esa esperanza, al asumir esa inquietud, se entrelazan para pedirle dedicarse sin resistencias a sus estudios, a su carrera.

En tanto la mujer se desea mujer, su condición independiente le crea en la actualidad un complejo de inferioridad; su femineidad, por el contrario le hace

dudar de sus posibilidades profesionales. A causa de ese derrotismo, la mujer se acomoda fácilmente a un triunfo mediocre, no se atreve a mirar muy lejos, a aún encarar su oficio con una preparación suficiente. A menudo, el simple hecho de ganarse solo la vida le parece un gran mérito, pues hubiese podido, como tantas otras, confiar su suerte a un hombre. Al insistir sobre su independencia la obliga a un esfuerzo del cual está orgullosa, pero que le agota. Le parece haber hecho bastante, puesto que han elegido hacer cualquier cosa.

En forma general, la casta superior es hostil a los recién llegados de las castas inferiores. O sea a la mujer.

Por otro lado se presenta un fenómeno en la actualidad ni hombres ni mujeres gustan de encontrarse bajo órdenes de una mujer. Sus superiores incluso si la estiman, tendrán siempre un poco de condescendencia con ella, "ser mujer no es una tara, pero constituye algo singular"(10).

La mujer debe conquistar en forma permanente una confianza que no le es otorgada desde el primer momento, pues empieza por despertar sospechas y es necesario que pase por determinadas pruebas. Pero la capacidad no es un don natural, sino el resultado del esfuerzo. Sentir sobre sí el peso de un prejuicio desfavorable no ayuda a vencerlo, excepto en raras ocasiones.

El complejo de inferioridad que provoca el ser mujer proporciona una relación de defensa que se convierte en una afectada por la exageración.

Del mismo modo que en sus estudios le falta espontaneidad, audacia, desenvoltura, para impresionar se crispa su acción en una serie de desafíos y afirmaciones abstractas acerca de si misma. Aquí recide la mayor falta que engendra la inseguridad: el sujeto no puede olvidarse. No contempla generosamente su objetivo, y busca dar pruebas del valor que lo reclama.

Muy rara vez se encuentra en la mujer el gusto por la aventura o la experiencia gratuita, o una curiosidad desinteresada que busca hacer una carrera, así como otros buscan el bienestar. Y continúa dominada y embestida del universo

de los hombres. No tiene la audacia de atravesar el cielo y no se pierde con pasión en sus proyectos; considera aún su vida como una empresa inmanente: no busca un objetivo, sino un triunfo subjetivo a través del objeto.

“Para realizar grandes cosas lo que esencialmente necesita la mujer contemporánea es el olvido de sí misma; pero, para olvidarse es necesario estar antes convencida de que se ha encontrado. Recién llegada al mundo de los hombres, y muy poco apoyada por estos, la mujer está aún demasiado ocupada en buscarse”(11).

Simone de Beauvoir continúa diciéndonos que una de las grandes satisfacciones que la mujer encuentra es encantarse en su propia imagen y hacer cualquier cosa con el sólo objeto de exhibirse. Busca a través de la naturaleza la imagen de su alma, se abandona a los sueños y quiere esperar su ser: está destinada al fracaso. Y sólo puede recuperarlo en la región de lo imaginario. Para no dejar sepultada en la nada una vida interior que para nada sirve, para afirmarse contra lo que experimentó en la rebelión, y para crear un mundo distinto de aquél en el cual no logra alcanzarse tiene necesidad de expresarse. También es charlatana y escribe tonterías; se extralimita en conversaciones, cartas y diarios íntimos. Basta con que tenga un poco de ambición para verla redactar sus memorias, convirtiendo su biografía en una novela o exaltando sus sentimientos en poemas. Lo cierto es que disfruta de largos ocios que favorecen sus actividades, es por eso que la mujer ha figurado más en las áreas del arte que en las ciencias.

Pero las mismas circunstancias que orientan a la mujer hacia la creación, constituyen al mismo tiempo obstáculos que muy a menudo no será capaz de superar. Cuando con el único objetivo de llenar el vacío de sus días, se decide a escribir o pintar, sus cuadros o ensayos serán tratados como obras de mujeres y no les dedicarán ni más tiempo ni más cuidado, y tendrán poco más o menos el mismo valor.

Es muy común en la época de la menopausia, y para compensar el vacío de su existencia, la mujer se precipita sobre los pinceles o la pluma, pero ya es muy tarde, pues carece de una formación seria y sólo será una aficionada. Aún si

se comienza en la juventud es raro que contemple el arte como un trabajo serio, puesto que todo lo hace por evadirse, habituada a la ociosidad, y sin haber experimentado nunca la necesidad austera de una disciplina, no será capaz de un esfuerzo sostenido y perseverante y no se dedicará a adquirir una técnica sólida. No le agradan los esfuerzos ingratos y solitario del trabajo que no se muestra y es necesario destruir cien veces y recomenzar una vez más.

“Y como en su infancia le han enseñado a agrandar y hacer trampas a la vez, espera arreglarselas con alguna otra artimaña”(12). “Por propia decisión la mujer juega a trabajar; pero no trabaja; cree en las virtudes mágicas de la pasividad y confunde conjuraciones con actos y gestos simbólicos con conductas eficaces”(13).

Simone de Beauvoir nos pone el ejemplo de Colette que no llegó a ser una gran escritora sólo por sus dotes naturales o por su temperamento, su pluma fue a menudo su forma de ganarse el pan, y por eso le exigió trabajo cuidadoso como el de un buen artesano. Para la mujer escritora la menor crítica la acobarda; ignoran que el error puede abrir el camino del progreso; y lo considera una catástrofe irreparable. Frecuentemente se manifiesta una susceptibilidad que le es nefasta: y a menudo solo reconoce sus faltas con irritaciones y cobardías en lugar de extraer lecciones fecundas.

3.6 Mala fe femenina

El origen de la mala fe a la que tiende la mujer nos dice Simone de Beauvoir, se encuentra en la actitud de la elección; puesto que para elegir y seleccionar le parece que es repudiada una parte de sí misma, y no quiere sacrificar nada, -tanto porque se complace en lo que es, como porque no espera convertirse en otra- la estéril vanidad proviene de que se gusta, sin atreverse a construirse.

Simone de Beauvoir nos define la mala fe de la siguiente manera:

“Son muy pocas las mujeres que perseveran de entre la legión de mujeres que intentan sobresalir en las letras y en las artes; incluso las que trasponen el

primer obstáculo permanecería muy a menudo divididas entre el narcismo y su complejo de inferioridad. No sabe olvidarse de sí misma es un defecto que pesará sobre ella durante y más que en ninguna otra carrera. Si su objetivo esencial es una abstracta afirmación de su yo, la satisfacción formal del éxito, no se abandonará a la contemplación del mundo y serán incapaces de crearlo de nuevo...en vez de entregarse generosamente a la obra que emprende, la mujer la considera casi siempre como un ordenamiento de su vida. El libro y el cuadro sólo son intermediarios no esenciales que le permitirán exhibir públicamente esta esencial realidad: su propia persona. También es su propia persona el tema principal único a veces que le interesa" (14).

Agradar es su más grande anhelo; y a menudo le atemoriza disgustar como mujer, pero sólo el hecho de vivir, la clasificación de charlatana tiene una desagradable resonancia, y no se atreve a desagradar ni siquiera como escritora. El escritor original mientras no esta muerto es siempre escandaloso.

La mujer se asombra y se siente halagada por ser admirada en el mundo del pensamiento y del arte, que es un mundo masculino, y se conduce con toda prudencia, no se atreve a molestar, explorar, y le parece que debe hacerse perdonar sus pretensiones literarias por medio de sus modestias y buen gusto. Apuesta sobre los valores firmes del compromiso. Se introduce en la literatura muy ajustadamente, la nota personal que se espera de ella y recuerda que es mujer con algunas gracias, monadas o preciosidades bien elegidas. Es así como se hará notar escribiendo best sellers, pero no hay que contar con ella para aventurarse por caminos inéditos, y no es porque carezca de originalidad en su conducta y sentimientos, pues las hay tan singulares que habría que encerrarlas. En conjunto, muchas de ellas son más barrocas y excéntricas que los hombres, cuyas disciplinas rechazan.

Por el contrario, la mujer busca razonar y expresarse de acuerdo con la técnicas masculinas, querrá ahogar una singularidad de la cual desconfía. Será fácilmente aplicada y presuntuosa como la estudiante, e intentará el rigor, el vigor viril. Podrá convertirse en una excelente teorizadora y adquirir un sólido talento, pero se habrá impuesto repudiar cuanto habría en ella de diferente. Hay mujeres locas y mujeres de talento pero ninguna tiene esa locura del talento que se llama genio.

Hoy día las mujeres tienen muchos menos problemas para afirmarse, pero aún no ha superado del todo la especificación milenaria que les hace permanecer en su femineidad. La lucidez por ejemplo, es una conquista de la cual se muestra orgullosa a justo título pero que la satisface con demasiada rapidez.

Contra las humillaciones y contra la vergüenza que produce ser escritora, el cinismo es una defensa, en el esbozo de una sumisión. Al querer ser lúcidas, los escritores femeninos rinden el mayor servicio posible a la causa de la mujer.

Simone de Beauvoir nos dice que para ella el arte, la literatura y la filosofía, son tentativas para fundar de nuevo al mundo sobre una libertad humana, la del creador. En primer lugar; y sin equívocos, es preciso plantearse como una libertad para poder alimentar semejantes pretensiones. Las restricciones, las que impone a la mujer la educación y las costumbres limitan su aprehensión del universo, y cuando el combate para ocupar un lugar en un mundo es demasiado duro ya no es posible eludirlo.

Ahora bien, antes que nada es preciso emerger de él desde una soberana soledad si se quiere intentar recuperarlo. Lo que le falta a la mujer, en primer término, es realizar el aprendizaje de su abandono y trascendencia en la angustia y el orgullo”(1 5).

Como también nos dice que para llegar a ser un creador, en efecto, no basta con cultivarse es decir, integrar a su propia vida espectáculos y conocimientos, sino que es preciso aprender una cultura a través del libre movimiento de una trascendencia: es preciso que el espíritu con todas sus riquezas se proyecte hacia un suelo vacío al cual le corresponde poblar, pero si miles de lazos tendidos la retienen en la tierra, su impulso se rompe.

Es indudable que hoy día la joven sale sola y puede vagabundear, pero ya se ha visto de qué manera la calle le es hostil; en todas partes hay ojos y manos que la acechan. Si vagabundea, perdida en sus pensamientos, o si entra sola a un cine, no tardará en producirse un incidente desagradable, es necesario que

inspire respeto por su modo de arreglarse, por su ropa, y así lo aferrará al suelo y así misma.

Sucede de manera diferente con el varón puesto que él soluciona un combate a golpes de puño, y siente que puede apoyarse en su propia fuerza. Por lo menos sería necesario que en compensación la iniciativa del deporte o de la aventura, o el orgullo del obstáculo vencido fuese también permitido a la joven. Pero no, puede ella sentirse solitaria en el seno del mundo, pero nunca se yergue enfrente de él, única y soberana. Todo le impulsa a dejarse dominar por existencias extrañas y, especialmente en el amor, se niega en vez de afirmarse. Las sujeciones que la rodean y la tradición que pesa sobre ella le impiden sentirse responsable del universo, y he aquí la profunda razón de su mediocridad.

Ahora bien, los individuos que nos parecen ejemplares y han merecido el nombre de genios son aquellos que han intentado encarar en su existencia, entonces y sólo entonces la mujer podrá confundir su historia, sus problemas, sus dudas y esperanzas con los de la humanidad. Sólo entonces podrá buscar su vida y acciones de descubrimiento de toda la realidad, y no solamente de su persona. En tanto tenga que luchar para convertirse en un ser humano no podrá ser creadora.

Por lo demás, la idea de un instinto creador dado debe ser rechazado como la idea del eterno femenino y archivado en los viejos roperos.

Simone pide una reivindicación femenina ante este mundo masculino y su primera petición para lograrlo es lo siguiente: "Dejarnos existir antes de pedirnos que justifiquemos nuestra existencial" (16).

La mujer libre apenas está por nacer. Cuando se haya conquistado a sí misma tal vez entonces podrá justificar su propia existencia.

Para poder saber en qué medida continuará siendo singular y en qué medida sus singularidades tendrán importancia, será necesario atreverse a anticipaciones muy audaces. Lo cierto hasta ahora, es que las posibilidades de la mujer han sido

ahogadas y perdidas para la humanidad, y que es muy importante para ella y para todos que por fin se les deje encarar todas sus posibilidades.

FALTAN PAGINAS

De la: 81

A la: 82

CONCLUSIONES DE SIMONE DE BEAUVOIR

Es un hecho que ni los hombres ni las mujeres están satisfechos hoy en día los unos de los otros. Pero la cuestión consiste en saber si es una maldición original la que los condena a dividirse, o si los conflictos que les oponen sólo expresan un momento transitorio de la historia humana.

El drama no se desarrolla sobre el plano sexual, la sexualidad no se presenta nunca como definidora de un destino que suministra la clave de la conducta humana sino como expresión de la totalidad de una situación que constituye a definir. La lucha de los sexos no se encuentra directamente implícita en la autonomía del hombre y de la mujer. En verdad, cuando se la evoca, se acepta como cosa sabida que se desarrolla una batalla entre esas dos vagas esencias: El eterno femenino y el eterno masculino. Y no se advierte que ese titánico combate asume sobre la tierra dos formas totalmente distintas, que corresponden a distintos momentos históricos.

“La mujer confinada en lo inmanente, intenta retener también al hombre en esa cárcel. De ese modo dicha cárcel se confundirá con el mundo y ella no sufrirá por estar encerrada: la madre, la esposa, o la amante son carceleras” (17). La sociedad codificada por los hombres decreta que la mujer es inferior, y ella sólo puede abolir esa inferioridad destruyendo la superioridad viril, por lo que se dedica a mutilar y dominar al hombre, lo contradice y niega su verdad y sus valores.

Así, al colocarse en un estado de guerra producido por la opresión, se desarrolla una batalla que asume otra forma: y en vez de querer encerrar al hombre en un calabozo, la mujer intenta evadirse. Ya no busca actualmente arrastrarlo a las regresiones de la inmanencia sino que prefiere emerger a la luz de la trascendencia. Esta actitud actual de la mujer la lleva a negarse a aceptar a su compañero como superior a ella; ella busca en él a su igual, pero el hombre responde con su desconfianza a esa actitud.

Actualmente hombre y mujer son dos trascendencias que se enfrentan; en vez de reconocerse mutuamente, cada libertad quiere dominar a la otra. Esa

diferencia de actitud se señala tanto en el plano sexual como en el espiritual. La mujer, al manifestarse como una presa pasiva, intenta reducir también al macho a su propia pasividad carnal. Se esfuerza por atraerlo a la trampa, por encadenarlo mediante el deseo que provoca al constituirse dócilmente en cosa. La mujer emancipada, en cambio, se prefiere activa y aprensiva y rechaza la pasividad que el hombre pretende imponerle.

Sin embargo, la mujer moderna acepta los valores masculinos y se jacta de pensar, actuar, trabajar y crear igual que los varones; en vez de intentar disminuirlos, afirma ser igual a ellos. Muchas mujeres, para demostrar con su éxito que valen tanto como un hombre, se esfuerzan en asegurarse sexualmente un apoyo masculino. De ese modo juegan a dos papeles y reclaman los antiguos miramientos y una nueva estimación a la vez, apostando sobre su antigua magia y sus nuevos derechos.

La lucha entre mujeres y hombres no podrá adquirir una forma clara puesto que el mismo ser de la mujer es opaco. La mujer no se presenta ante el hombre como sujeto, sino como un objeto paradójicamente dotado de subletividad. Se asume al mismo tiempo como Yo y como Otro; contradicción que entraña consecuencias desconcertantes. Cuando se construye un arma con su debilidad y su fuerza a la vez, ya no se trata de un cálculo preconcebido: busca espontáneamente su salvación en el camino que se le ha impuesto; el de la pasividad, al mismo tiempo que reivindica activamente su soberanía. Y es indudable que ese procedimiento no es el de una "buena guerra", sino que le es dictado por la situación ambigua que le ha sido asignada. Cuando el hombre la trata con libertad, se indigna de que ella siga siendo una trampa para él; si la halaga y la satisface cuando es su presa, se irrita por sus pretensiones de autonomía. De una u otra manera se siente burlada, y ella se considera ofendida. Las disputas durarán en tanto hombres y mujeres no se reconozcan semejantes, es decir, mientras se perpetúe la femineidad como tal. ¿Quiénes son los más encarnizados en mantenerla? La mujer que se libera quiere seguir manteniendo esas prerrogativas; y entonces el hombre reclama que también asuma sus limitaciones.

El círculo vicioso es aquí muy difícil de romper porque los dos sexos son víctimas el uno del otro. Los adversarios que se enfrentan en su pura libertad,

podrán llegar fácilmente a un acuerdo, más aún si la guerra no beneficia a ninguno. Pero la complejidad de todo este asunto provoca que cada uno sea cómplice de su enemigo.

“La mujer persiste en sus sueños de renunciamento, y el hombre en sus sueños de enajenación. Lo falso no recompensa; y cada uno acusa al otro de la desdicha que se han procurado al ceder a las tentaciones de lo fácil. Aquello que el hombre y la mujer odian de sí mismos en el otro es el fracaso absurdo y absoluto de su propia mala fe y en su propia cobardía “...La opresión se explica por la tendencia del existente a evadirse enajenándose en el otro, a quién oprime con ese fin”. (18).

Cuánto tiempo y cuánta fuerza derrochan los hombres en liquidar, sublimar y superar sus complejos y en hablar de las mujeres, seducirlas y tenerlas. Se le podría liberar, liberándolas al dejar de ser cómplice.

La mujer acepta alegremente las mentiras que le invitan a seguir el camino más fácil, y éste es el peor crimen que se comete contra ella. Desde su infancia, y a lo largo de toda su vida, la miman y corrompen señalándole como su vocación ese renunciamento, que tiene a todo existente angustiado con su libertad.

Así se educa a la mujer sin enseñarle jamás la necesidad de que asuma su propia existencia. Se deja fascinar por la esperanza de poder realizar su ser sin hacer nada. No resiste la tentación, pero el hombre no se lo puede reprochar, pues él mismo la ha tentado. Cuando estalla un conflicto entre ellos, cada cual considera al otro como responsable de la situación. Ella le reprochará el haberla creado, él le reprochará el haberla aceptado. Cada sexo cree justificarse tomando la ofensiva, pero los errores de uno no absorben al otro.

Por ello es que todas las relaciones se perpetúan en un debate indefinido acerca del equívoco de las palabras DAR y TOMAR: Ella se queja de que lo DA todo, y él protesta de que ella TOMA todo. Es necesario que la mujer comprenda que los intercambios se rigen de acuerdo con el valor que tiene la “mercancía” ofrecida para el comprador, y no todo para el vendedor: La han engañado al

convencerla de que posee un valor infinito y, en verdad, ella es para el hombre sólo una distracción, un placer, una compañía, un bien no esencial; para la mujer, el hombre es el sentido, la justificación de su existencia. Por lo tanto, el intercambio no se efectuó entre dos objetos de la misma calidad; esa desigualdad se caracterizará especialmente por el hecho de que el tiempo que pasan juntos, el que parece falazmente el mismo tiempo, no tiene para los dos el mismo valor. Para el hombre normalmente integrado a la sociedad, el tiempo es una riqueza positiva: Dinero, reputación, placer. Por el contrario, para la mujer ociosa, que se aburre, es una carga de la cual sólo aspira a liberarse. El sólo hecho de matar las horas la beneficia, y la presencia del hombre es pura ganancia.

El hombre siempre tiene otra cosa que hacer con su tiempo, en tanto ella busca desembarazarse del suyo.

La mala fe comienza cuando cada uno acusa al otro, y proviene de una situación contra lo cual toda conducta singular es imposible. "Las mujeres son pegajosas, pesan, pero sufren. Viven la suerte de un parásito que absorbe la vida de un organismo extraño: si se les dotase de un organismo autónomo y pudiesen luchar contra el mundo para arrancarle su subsistencia, su dependencia sería abolida, y la del hombre también. Unos y otros la pasarían mucho mejor, sin duda" (19).

Pero, ¿es suficiente cambiar las leyes, las instituciones, las costumbres, la opinión pública y toda la estructura social para las mujeres y hombres se conviertan realmente en semejantes? "Las mujeres serán siempre mujeres, esto es admitir que la mujer tal como es hoy, es una creación de la naturaleza. Es necesario repetir una vez más que en la colectividad humana nada es natural y que la mujer es uno de los tantos productos elaborados por la civilización" (20).

"La mujer no se determina por sus hormonas ni por sus instintos misteriosos, sino por la forma en que recupera a través de conciencias extrañas, su cuerpo y su relación con el mundo" (21).

No debe creerse que basta modificar su condición económica para trasformarla, aunque ese hecho ha sido y sigue siendo el factor primordial de una

evolución. Pero en tanto ese factor no entrañe así mismo las consecuencias morales, sociales, culturales, etc., que anuncia y exige, la mujer nueva no podrá aparecer. Y por eso la mujer de hoy se encuentra como una verdadera mujer disfrazada de hombre, y se siente tan incómoda en su carne de mujer como vestida de hombre. Es necesario que le crezca una nueva piel y que ella misma realice su propia indumentaria, y eso sólo podrá lograrse mediante una evolución colectiva. Pero si imaginamos una sociedad donde la igualdad de los sexos se realice concretamente, esa igualdad se afirmaríase como cosa nueva en cada individuo.

Si desde la más tierna edad la niña fuese educada con las mismas exigencias y los mismos honores, las mismas severidades y las mismas licencias que sus hermanos, participase de sus mismos estudios y todo, y fuese prometida a un mismo porvenir, rodeada de mujeres y hombres que le parecen sus iguales, sin ninguna clase de duda, el sentido de complejo de castración y el complejo de Edipo se vería profundamente modificado. Al asumir con los mismo títulos que el padre la responsabilidad material y moral de la pareja, la madre usufructuaría el mismo prestigio duradero. La niña sentiría entorno de ella un mundo andrógino y no un mundo masculino.

La mujer no es víctima de ninguna misteriosa fatalidad la importancia de las singularidades que la especifican proviene del significado que reviste. Podrán ser superadas si se les capta desde nuevas perspectivas; así se ha visto que a través de su experiencia erótica la mujer experimenta y a menudo detesta la dominación del macho, de lo cual no hay que concluir que sus ovarios la condenan a vivir eternamente de rodillas. La agresividad viril sólo se presenta como un privilegio señorial en la entraña de un sistema que conspira en su totalidad para afirmar la soberanía masculina.

El hecho de ser un ser humano es infinitamente más importante que todas las singularidades que distinguen a los seres humanos.

Es indiscutible que si mantenemos una casta en estado de inferioridad permanecerá inferior; pero la libertad puede romper el círculo, la solución a esto es otorgar a la mujer la responsabilidad, ella sabrá asimilarla. El hecho es que no

puede esperarse de los opresores una actitud gratuita de generosidad. Pero tanto la rebelión de los oprimidos, como la evolución misma de las casta privilegiada han creado las situaciones nuevas; los hombres han sido llevados, por su propio interés, a emancipar parcialmente a la mujer, quien sólo tiene que proseguir ese ascenso, al cual la estimula los éxitos que obtiene. Parece casi seguro, que de aquí a un tiempo más o menos largo, llegará a perfecta igualdad económica y social con el hombre, lo que entrañará una metamorfosis interior.

Y en verdad que la evolución no amenaza tan sólo el encanto femenino. Al existir por sí misma la mujer aplicará la función de doble y mediadora que le han dado el universo masculino, su lugar de privilegio. Para el hombre aprisionado entre el silencio de la naturaleza y la presencia exigente de otra libertad, un ser que es a la vez semejante y una cosa pasiva, se le presenta como un gran tesoro. La figura bajo la cual ve a su compañera puede muy bien ser mística, pero las experiencias de las cuales ella es fuente o pretexto no son por eso menos reales; y no las hay ni más preciosas, ni más íntimas, ni más apasionadas.

No puede negarse que la independencia, la inferioridad y la desgracias femeninas le otorgan un carácter singular. Es indudable que la autonomía de la mujer evitará a los hombres muchos sinsabores, pero les privará también de muchas felicidades.

Cada uno de nosotros deplora sordamente la ausencia de lo que fue, pero la humanidad de mañana lo vivirá en su carne y en su libertad, ese será su presente y a su vez lo preferirá. Entre los sexos surgirán nuevas relaciones carnales y efectivas, de las cuales no tenemos ni idea: ya han aparecido entre hombres y mujeres amistades, rivalidades, complicidades y camaraderías. Entre otras cosas, nada me parece más discutible que el slogan que destina al mundo nuevo a la uniformidad, y por lo tanto al aburrimiento.

No veo que éste falte a nuestro mundo ni que la habrá entre hombres y mujeres algunas diferencias. En la mujer el erotismo, y por lo tanto su mundo sexual, tiene una forma singular, no podría dejar de crear en ella una sensualidad y sensibilidad singulares: Sus relaciones con su cuerpo, con el cuerpo del varón y

con el niño, no serán nunca idénticas a las de los hombres puesto que éstos mantienen con su cuerpo y con el cuerpo femenino una diferencia; los que hablan tanto de la igualdad en la diferencia tendrán mala fe si no aceptan que pueden existir diferencias en la igualdad.

El cristianismo a dado al erotismo un sabor de pecado y de leyenda la otorgar un alma a la hembra del hombre. Si se le restituye su soberana seguridad no se quitará a los abrazos amorosos su sabor poético. Es absurdo depender de la orgía; el vicio, el éxtasis y la pasión serían imposibles si el hombre y la mujer fuesen concretamente semejante. Las contradicciones que oponen la carne al espíritu, el instante al tiempo, el vértigo a la inmanencia al llamado de la trascendencia, y lo absoluto de placer a la nada del olvido, no se eliminarán jamás. La sexualidad se materializará siempre en la tensión del desgarramiento, la felicidad, el fracaso y el triunfo de la existencia. Liberar a la mujer es negarse a encerrarla en las relaciones que sostiene con el hombre, pero no negarlas. Aunque se plantee para sí no dejará de existir también para él; al reconocerse mutuamente como sujetos cada cual será para el otro, sin embargo, el otro.

La reciprocidad de sus relaciones suprimirá los milagros que engendra la división de seres humanos en dos categorías separadas: El deseo, la pasión, el amor, el sueño, la aventura. Las palabras que nos conmueven: Dar, conquistar, unirse, conservarán sus sentidos. Por el contrario cuando sea abolida la esclavitud de una mitad de la humanidad y todo el sistema de hipocresía que implica, la sección de la humanidad revelará su auténtico significado y la pareja humana encontrará su verdadera figura.

“La relación inmediata, natural y necesaria del hombre con el hombre es la relación del hombre con la mujer”(22).

Del carácter de esa relación puede concluirse hasta que punto el hombre se ha comprometido a sí mismo con un ser genérico, como hombre: la relación del hombre con la mujer es la relación más natural del ser humano con el ser humano. Aquí se hace evidente, por lo tanto, hasta qué punto el comportamiento natural del hombre se ha convertido en humano, o hasta qué punto su naturaleza humana se ha convertido en su naturaleza.

“No es posible expresarlo mejor. Al hombre le corresponde hacer triunfar el reino de la libertad en la entraña del mundo dado. Para lograr esa suprema victoria es preciso, entre otras cosas, que por encima de las diferencias naturales, hombres y mujeres afirmen sin equívocos su fraternidad” (23).

Notas

- (1) El Trabajo Fuera del Hogar le permite a la mujer compartir con el hombre la anexión al mundo.
- (2) Igual a los hombres se debe de entender como que tienen la misma dignidad humana. La mujer con el hombre no para los hombres.
- (3) Simone de Beauvoir "Segundo Sexo" Tomo II. p. 420 Ed. Siglo XX. No. ed. 1.
- (4) Quiero decir que poco a poco nos vamos quitando los prejuicios.
- (5) Ibid. p. 472.
- (6) Ibid. p. 475.
- (7) Ibid. p. 478, Colette, escritora francesa.
- (8) Ibid. p. 479.
- (9) En este párrafo Simone de Beauvoir apoya la tesis Sartreana de las relaciones concretas con el prójimo. "Actuar sobre la libertad del prójimo" J.P. Sartre, El ser y la Nada Ed. Losada, p. 391.
- (10) Simone de Beauvoir, "Segundo Sexo"; tomo II. Ed. Siglo XX, p. 489.
- (11) Ibid. 491.
- (12) Ibid. p. 493.
- (13) Ibid. p. 493.
- (14) Ibid. p. 496.
- (15) Ibid. p. 499.
- (16) Ibid. p. 502
- (17) Cf. "La Mujer Rota". En ésta obra Simone de Beauvoir sostiene esta tesis.
- (18) Ibid. p. 506
- (19) Simone de Beauvoir. "El Segundo Sexo". Tomo II. Ed. Siglo Veinte. p. 511
- (20) Ibid. p. 510 Es la tesis principal que sostiene Simone de Beauvoir.
- (21) Ibid. p. 511.
- (22) Ibid. p. 517
- (23) Ibid. p. 518

FALTA PAGINA

No.

92

CONCLUSIONES

Quisiera partir de una visión existencialista para explicar por qué afirmo que Simone de Beauvoir fue una mujer comprometida.

Como pudo verse hasta ahora, he dejado hablar a Simone de Beauvoir sin tratar de interrumpirla en su diálogo con el lector, que en este caso soy yo. Para poder establecer un diálogo primero hay que saber escuchar a nuestro interlocutor y así conocer su postura y los puntos importantes que plantea.

He querido respetuosamente, dejarla hablar, sabiendo el riesgo que corro: el que este trabajo pudiese ser percibido por mi lector como una simple monografía; sin embargo, de no haberlo hecho así, corría un riesgo aún mayor: contaminar el pensamiento de Simone de Beauvoir y caer en una mala interpretación de éste. Al interrumpir su diálogo, corríamos el riesgo —ella y yo—, de perdernos y no sostener un diálogo lineal y ordenado.

En el primer encuentro que tuvimos, Simone nos platica su propia historia, a este capítulo, primero de nuestro trabajo, lo hemos titulado “Vidas y obras de Simone de Beauvoir; en éste, la autora nos expone su evolución, día tras día, como, la Fuerza de las Cosas y su circunstancia concreta la fueron llevando a tomar decisiones y posturas propias. El aspecto más importante de este primer encuentro, y que quiero destacar, es el cómo pasa de una religiosidad muy vivida en sus años de infancia, a una pérdida de la fe al despertar a la vida real, al incorporarse al tráfico del mundo de los adultos, mundo al que hemos dado en llamar la realidad. Sabemos que el mundo infantil es diferente al de los adultos, que el primero es irreal y ficticio y el segundo real y concreto. Parece que una de las grandes paradojas humanas reside en la ruptura de estas dos realidades que el hombre se ha encarnizado en separar y verlas como diferentes; en fin, éste es un tema de estudio diferente del que yo quiero concretar.

Otro aspecto muy importante de este diálogo es el como ella se va dando cuenta que los demás (padre, madre, etc.) le van dando elementos para que ella sea lo que los demás esperan que sea, sin tomar en cuenta su voluntad y su

proyecto personal; aquí se da la primera rebelión existencial en su vida. Le molesta que los otros le proyecten su vida, que la destinen a un papel que ella siente que no le va a dar la autorrealización que ella desea. Desde temprana edad se niega a seguir el camino destinado para todas las mujeres; no entendía porque tenía que hacerlo ni por qué tenía que reducirse a ser una máquina reproductora de seres humanos; por otra parte, no entendía por qué tenía que aceptar el papel de vasalla de un hombre que dirigiría toda su vida.

La decisión de hacer real su vocación de escritora le fue muy difícil, puesto que tuvo que soportar los ataques que suscitó su decisión de seguir estudiando y preparándose para tal fin. Este era su proyecto personal, su vocación. Simone asumió desde temprana edad la renuncia que implicaba su decisión de ser escritora: negarse al matrimonio y a la maternidad, empresas que le limitarían y le restarían el tiempo que quería para invertirlo en su proyecto elegido.

Creo que hasta el final de sus días no se arrepintió de su decisión de no casarse, pero en cuanto al hijo pienso que al final de su vida sí se cuestionó si valió o no la pena esa renuncia (1). Quiero aclarar que ésta es una opinión personal que no podría fundamentar fácilmente.

Como podemos ver, el primer paso de Simone es el de crearse su propio proyecto de vida, punto fundamental del existencialismo. Elegir la actitud frente a la vida, la que ella decida.

Simone sentía que tenía un valor y una dignidad superior a la de un objeto, a éste se le puede manipular y se puede decidir sobre él; pero esto no se puede hacer con un sujeto y ella se percibía como un sujeto, nunca como objeto(2). Se revelaba contra esta tradición que le quería condenar a la situación del objeto pasivo.

En el segundo momento de nuestro diálogo con la autora, segundo capítulo de este trabajo, "Historia de la mujer," nos dice que la tradición o lo tradicional, consistía en esta aceptación de un destino femenino que no tiene fundamento real o natural, que es creado o manufacturado por el hombre. Los puntos

importantes de este capítulo son: Que la mujer nunca ha elegido por sí misma su destino; que ha dejado que el hombre la defina y que le haga su proyecto de vida. Que la primera derrota que la mujer sufrió fue la de la esclavitud a la que se condeno por no saber manejar su fertilidad. En otras palabras, siendo la mujer la más individualizada de las hembras, es también la más frágil, la que sufrió y sufre más dramáticamente su destino de hembra, y la que se distingue más profundamente de su varón. A la hembra humana la naturaleza no le proveyó de períodos de esterilidad como a otras hembras animales, por lo cual se volvió una carga pesada para el hombre. Su naturaleza que aún no comprendía, hizo que se convirtiera en un ser pasivo, por lo menos en los momentos de embarazo; como esta situación estaba fuera de su control, y constantemente se encontraba preñada, perdió la oportunidad de compartir con la pareja, con su compañero, la conquista y la anexión del mundo. Se vió exenta de las aventuras que el hombre podía darse porque no le implicaba ni el mismo esfuerzo ni el mismo riesgo.

Es importante destacar este punto puesto que Simone de Beauvoir da una especial significación a la aventura. Es para ella la puerta del descubrimiento, es la puerta que debe traspasarse para acceder al saber. Y de una u otra forma sólo se elige lo que se conoce, y el hombre al conocer se hacía cada vez más libre en comparación con la mujer. La libertad se convirtió en un privilegio masculino, y posteriormente este privilegio fue poseído y retenido celosamente por el hombre, excluyendo a la mujer. Es claro que no lo quiso compartir. En este punto se funda toda teoría de Simone para justificar la tesis de egoísmo masculino que nace del deseo de posesión y conquista. El hombre se plantea como soberano que quiere dominar a la naturaleza y por ende a sus criaturas, incluyendo a la mujer. Esta es la explicación de la autora al deseo masculino de plantearse como sujeto y tratar a los demás como objetos.

Al tomar conciencia de ser un ente descubridor y creador, se descubre como sujeto, o digámoslo en términos existencialistas: en un ser-para-sí, se conforma y se afirma como sujeto y ve que la mujer que no tuvo la oportunidad de traspasar la puerta del saber, permaneció en el en-sí. Así podríamos resumir el primer fracaso femenino enfocado en un esquema existencial.

El segundo punto a destacar es la segunda batalla perdida de la mujer. Consiste en el deseo de trascendencia del hombre-sujeto; el primer paso fue plantearse como sujeto, el segundo fue trascender. Ésto sólo lo podía hacer a través de otro. Heredar y dejar huella en el mundo es el deseo de permanecer o dejar algo de él en este mundo. Ésto solo lo podía dar el hijo; el hombre tiene la necesidad de encontrarle un sentido a su existencia y a su quehacer en el mundo, sin ésto carecía de sentido su existencia, su esfuerzo por sobrevivir. El hijo significaba el único medio de trascender. En otras palabras, permanecer en el mundo aunque fuese en otro que había emanado de él mismo: El hijo.

La mujer se convirtió en el medio que le servía a su fin, fue éste el segundo golpe que sufre la mujer. El hombre-sujeto la convierte en la reproductora de su trascendencia-descendencia. La mujer fue reducida a nodriza, a una depositaria del germen de trascendencia masculina. Pero el hombre tenía que contar con la mujer para su proyecto y esto no lo podría lograr si no despertaba en ella una mala fe femenina. ¿Cómo lograr que la mujer accediera al papel de objeto? era menester provocar una alieneación en la mujer, y para este fin las religiones fueron un muy buen punto de partida. Estas proclamaron a la mujer al servicio del hombre, parece que las religiones se pusieron de acuerdo para conspirar en contra de la mujer. A partir de ahí todo se ve contaminado: La filosofía, la literatura, la política, la vida social, etc. no le asignan a la mujer más que un papel secundario, es por eso que Simone de Beauvoir tituló a su máxima obra (feminista) "El Segundo Sexo".

Es entonces cuando comienza el infierno, cuando el sujeto (hombre) junto con su objeto (mujer) viven en constante lucha, lucha que sólo los lleva al fracaso, a la insatisfacción del uno con el otro. El fracaso de las relaciones interpersonales que menciona Sartre.

El problema en que se encuentra el hombre-sujeto es el cómo dotar de subjetividad al objeto (mujer). Cómo hacer a la hembra (objeto) mujer (sujeto). Al hombre no le satisface esta relación de sujeto-objeto, surge la contradicción del en-sí y el para-sí, hablando sartreanamente.

Este conflicto ha trascendido hasta nuestros días, es el juego en el que ha caído la humanidad, pero Simone de Beauvoir se niega a participar en este juego. Ella quiere una relación de sujeto a sujeto, es lo que intentó en su relación con Sartre. Simone se daba cuenta de que mientras hombres y mujeres se presten a este juego que se transmite de generación en generación, el hombre y la mujer vivirán inauténticamente y por consecuencia insatisfechos. Simone se propone un cambio, es un intento por romper el círculo vicioso en el que ella, al tomar conciencia de su existencia de un ser para-sí, se percata de la trampa.

En el tercer momento de nuestro diálogo, nos dice que la mujer toma conciencia de su situación, pero también se da cuenta de que ha caído en una trampa y que quiere salir, pero que no cuenta con los medios adecuados para liberarse. Estos medios son la educación y la disciplina adecuados para asumir una libertad responsable y auténtica. Y por otro lado, se reconoce que ya esta acostumbrada a su trampa: por un lado quiere liberarse y por otro le da miedo la libertad. La angustia y el desamparo (temas tan socorridos en el existencialismo sartreano) en los que la mujer se encontraría sin el hombre limitan a la mujer. La mujer se da cuenta de que en el momento en que asuma la libertad se encontrará responsable, ya que no tendrá a quien echarle la culpa de su fracaso o de su triunfo en la vida. Se encontrará sola y responsable de sus actos ante la vida. Los tendrá que justificar. Por un lado se siente tentada y atraída de nuevo a la mala fe, y por otro tiene la necesidad de afirmarse como persona, recobrar su dignidad. En ella también descubre el deseo de trascendencia, pero no sólo a través del hijo, como se le había asignado, sino en obras que ella realice; quiere también ser para-sí, pero se encuentra con obstáculos. Tiene que luchar en contra de poderes y valores establecidos, apoyados en milenios de tradición. La mujer se da cuenta que la sociedad, cualquiera que ésta fuera, desaprueda cualquier acción que no este apoyada en la tradición y que como dice Sartre en "El existencialismo es un humanismo": "Toda tentativa que no esté apoyada en la experiencia probada, está condenada al fracaso" 3). Esto influye para que la mujer tenga temor al cambio, le produzca dudas y miedo al fracaso. Por otro lado no ha habido muchas pruebas que le demuestren que es el camino adecuado. Tomar en sus manos su propia existencia, ya que esto nos llevaría a la toma de conciencia y por ende, la responsabilidad estaría en nuestras propias manos. Nuestra historia; la historia

de nuestras vidas personales que vivimos muy subjetivamente, o lo que es lo mismo, hacer nosotras mismas nuestra esencia partiendo de nuestra existencia subjetiva desde el punto de vista muy particular(femenino). Asumir nuestra responsabilidad y lugar en el mundo que nos corresponde como mujeres y no como hombres. Pero sin permitir la enajenación que ha sufrido la mujer hasta nuestros días.

Simone de Beauvoir es una representante de esas mujeres que se atrevieron a vivir rompiendo todo lo establecido en su tiempo, y que tomó la responsabilidad de su existencia, por lo que me atrevo a afirmar que Simone fue una mujer comprometida con su tiempo porque abrió el camino al compromiso femenino. Con su ejemplo incitó a muchas mujeres a tomar conciencia de su situación y hacernos ver que tenemos libertad para cambiar nuestra situación; que no estamos determinadas a vivir un papel secundario; que podemos ser lo que proyectamos ser. Que lo único que nos hace falta es tener el valor para enfrentarnos a nuestros propios miedos e inseguridades que no hay nada escrito o determinado. Que el hombre hace su historia, no la historia al hombre.

“Un ser humano libre merece precisamente el destino que él mismo se hizo porque él lo escogió, porque se comprometió a él y vivió de acuerdo a su propio proyecto”. Esta definición existencialista describe la vida de Simone de Beauvoir y es por eso que afirmo que es una mujer comprometida con su tiempo porque de cualquier manera, ella junto con otros pensadores de su época, formaron una teoría filosófica que fue el Existencialismo, que de una u otra manera, crearon un cambio de vida en su tiempo.

Notas

- (1) “Si por lo menos hubiera enriquecido la tierra; si hubiera engendrado...¿qué?
Simone de Beauvoir La Fuerza de las cosas. p. 762.
- (2) Tesis Fundamental del Existencialismo Sartreano vid, Jean Paul Sartre El Existencialismo es un humanismo Ed. Quinto Sol, p. 34.
- (3) Jean Paul Sartre. “El existencialismo es un humanismo”.

FALTAN PAGINAS

De la: **101**

A la: **102**

BIBLIOGRAFIA

- Aristóteles. La política traducción de Antonio Gómez Robledo. Editorial Porrúa, S.A. novena edición, 1981.
- Cervo, A.L. y P.A. Bervian. Metodología Científica. Traducción de, Juan Geuara Rodríguez y Carlos Bernal Esguerra. Editorial Mac Graw-Hill Latinoamericana, S.A Bogota Colombia 1980.
- Beauvoir, Simone de. La Invitada. Traducción de Silvina Bullrich. Editorial Hermes Sudamericana 1977. Primera edición en francés 1943.
- Beauvoir, Simone de. El Existencialismo y la Sabiduría Popular. Traducción de Juan Jose Sebrelli. Editorial Leviatán. Buenos Aires, 1985. Primera edición en frances 1948.
- Beauvoir, Simone de. El Segundo Sexo. Traducción de Pablo Palant. Editorial Siglo Veinte, Buenos Aires 1981. Primera edición en francés 1949.
- Beauvoir, Simone de. Los Mandarines. Traducción de Silvina Bullrich. Editorial Hermes. S.A. Mexico D.F. 1986. Primera edición en francés 1954.
- Beauvoir, Simone de. Memorias de una Joven Formal. Traducción de Editorial Hermes Sudamericana, México 1983. Primera edición en francés 1958.
- Beauvoir, Simone de. La Plenitud de la Vida. Traducción de Silvina Bullrich. Editorial Narrativas Contemporáneas, México 1982. Primera edición en francés 1960.
- Beauvoir, Simone de, La Fuerza de las Cosas. Traducción de Esquiél de Olaso. Editorial Narrativas Contemporáneas, México 1980. Primera edición en francés 1963.

- Beauvoir, Simone de, Una Muerte Muy Dulce. Traducción de María Elena Santillan. Editorial Narrativas Contemporáneas, México 1982. Primera edición en francés 1964.
- Beauvoir, Simone de, Las Bellas Imágenes. Traducción de Jose Blanco. Editorial Narrativas Contemporáneas, México 1981. Primera edición en francés 1966.
- Beauvoir, Simone de, La Mujer Rota. traducción de Dolores Sierra y Nestor Sánchez. Editorial Grandes Autores, Grandes obras. Edición no abreviada para círculo de lectores, por cortesía de editorial Sudamericana, México 1975. Primera edición en francés 1967.
- Beauvoir, Simone de, La Vejez. Traducción de Aurora Bernardez. Editorial Hermes, México 1986. Primera edición en francés.
- Beauvoir, Simone de, Final de Cuentas. Traducción de Ida Vitale. Editorial Hermes, México 1988. Primera edición en francés 1972.
- Beauvoir, Simone de, Cuando Predomina lo Espiritual. Traducción de Jose Blanco. Editorial Narrativas contemporáneas, México 1981. Primera edición en francés 1979.
- Beauvoir, Simone de, La Ceremonia del adios. Traducción de Gadamer, Hans Georg, Verdad y Metodo. Traducción de Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito. Editorial Sígueme, tercera edición 1988.
- Garandy, Roger, Perspectivas del Hombre. Traducción de Enrique Martínez Campos. Editorial Fautanema, S.A. México 1970.
- Gennari, Genevive, Simone de Beauvoir. Traducción de Dionisio Pérez. Editorial Fautanella, S.A. 1967.
- Henry, S.M. Simone de Beauvoir. Traducción de Alfonso Ramen. Editorial Estela S.A. México 1964.

Juan Pablo II. Cartas Apostólicas Mulleris Dignitatem del Sumo Pontífice Juan Pablo II. Sobre la dignidad y vocación de la mujer con ocasión del año mariano. Documentos pontificios 33, librería parroquial de Clavería, 1988.

Kolantay, Alejandra, La Mujer Nueva y la Moral Sexual. Traducción de Editorial Juan Pablos Editor, S.A. México 1978

Layotart, Jean-Francois, La Diferencia. Traducción de Alberto L. Bixio. Editorial Gedisa, Méxlco 1988.

Platón, Diálogos. Editorial Porrúa. Decimaoctava edición. Num 13, México 1979.

Sartre, Jean Paul, El Ser y la Nada. Traducción de Juan Valmar. Editorial Alianza Universidad, Losada, S.A. México 1986.

Sartre, Jean Paul, El Existencialismo es un Humanismo. Editorial Quinto Sol, S.A. México 1985. 3a ed.